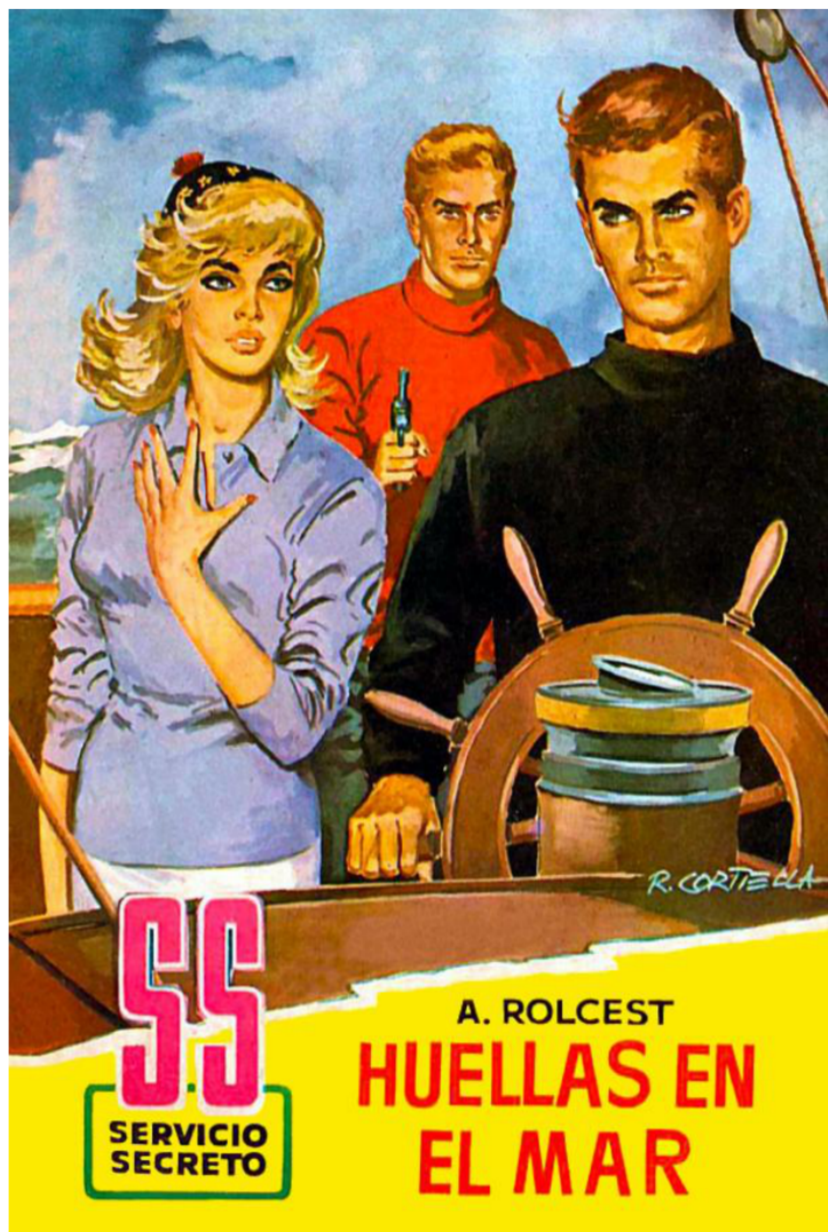

R. CORTIELLA
SS
SERVICIO SECRETO
A. ROLCEST
HUELLAS EN EL MAR

HUELLAS EN EL MAR

A. ROLCEST

HUELLAS EN EL MAR

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 12770 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 3134/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
694 - Mi compañero es el "Colt".
712 - Pasaje para la muerte.
717 - Toda una dama.
En Colección BÚFALO:
389 - Buitres de la pradera.
400 - La muerte el rojo.
404 - Magos del "Colt".
En Colección SERVICIO SECRETO:
565 - Hampa brillante.
570 - Vendaval en Laof
580 - El tributo del desierto.
En Colección PANTERA:
78 - Honderos de fuego.
En Colección TEXAS:
258 - Horas sin ley.
En Colección CALIFORNIA:
219 - Te veré en la horca.
227 - La mina maldi-ta.
258 - Pacto en la -tumba.
En Colección COLORADO:
147 - ¡Aún no tengo el ataúd!
188 - La tregua de los valientes.
200 - Manos marcadas.
En Colección KANSAS:
125 - Somos enemigos.
160 - Barrera verde.
En Colección ASES DEL OESTE:
109 - Esquivando la tregua.
117 - El rey del desafío.
126 - El nieto del hidalgo.
En Colección BRAVO OESTE:
6 - La pantera del odio.
28 - La reunión de las furias.

HUELLAS en el mar

por

A. ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

La samba desplegó el embrujo de su sensualidad y tristeza, y los ojos de las parejas adquirieron un nuevo brillo.

Los cuerpos de las mujeres —sirenas con escamas de seda y joyas—, adoptaron un cimbreo juguetón, tal vez lascivo.

El salón resplandecía por el joyerío de luces, por el oro y piedras preciosas brillando sobre bustos casi desnudos, por los valiosos trajes y tocados caprichosos.

El inmenso salón donde se celebraba la fiesta era un arca conteniendo todo lo opulento, todo lo bello de aquel mundo fácil, alegre, de personas acostumbradas a manejar inmensas riquezas.

El palacio de Samuel Karby, en Oregón, entre acantilados frente al Pacífico, concentraba aquella noche a lo más destacado de la política y las finanzas que se encontraba en la costa en plan de vacaciones.

Eso, al menos, era lo que parecía: que sólo la circunstancia de que tantos personajes se encontrasen descansando, los llevaba aquella noche a la finca de recreo del poderoso Samuel Karby.

En tanto en el suntuoso salón el baile seguía su curso, la amplia biblioteca situada en un ala de la parte posterior del edificio servía de tranquilo refugio a unos cuantos asistentes.

Todos los caballeros, apenas empezar la reunión, lo primero que hicieron fue felicitar al dueño por lo que su bella y valerosa hija hizo noches atrás.

—No tiene importancia —contestaba Samuel Karby.

Pero se le notaba que las felicitaciones lo halagaban.

—El mar estaba muy revuelto.

—Sé de muchas lanchas que después de salir se retiraron. ¡De verdad, señor Karby: no tienen todos los que alardean de marinos el temple de su hija!

La noche en que un avión estalló en pleno vuelo, como una

estrella, Samuel Karby no se encontraba en la finca, sino en Washington.

Sabía que su hija se arriesgó mucho, saliendo en socorro de los tripulantes del avión. En el primer momento lo desaprobó, angustiado por los peligros en que ella se había puesto.

Pero la Prensa había aireado el suceso, publicando toda clase de fotografías en las que aparecía su hija en toda clase de indumentarias, desde el traje de noche al pantalón y jersey, y hasta el mínimo dos piezas, que dejaba a la admiración de todos aquella obra maestra, de piel bronceada.

—¿Es cierto que fue un avión en pruebas? —preguntó uno de los reunidos.

—Sí, es cierto —contestó un personaje de la política—. Aparatos como ése debían tomar parte en la prueba de esta noche, pero debido a ese percance, se relegan para mejor ocasión.

—¿Va a durar mucho el ensayo de alarma?

—Quizá no llegue a la media hora —siguió informando el político.

Un financiero, mirando por un ventanal al mar, comentó:

—A pesar de que uno sabe que es solamente un ensayo, impone.

Samuel Karby, después de consultar el reloj, dijo:

—Señores, por si cuando se produzca la alarma cada cual desea estar con sus familiares, convendría que empezáramos la reunión.

Como dueño de la casa podía permanecer alejado de la sala donde estaban la mayoría de los invitados, sin parecer que dejaba de lado la fiesta, pues en ella se hallaba bien representado por su única hija Yorie.

Era, efectivamente, una muchacha de deslumbrante belleza, de carácter alegre y a veces desconcertante.

Ningún baile había perdido en lo que iba de noche. Y ahora, cuando su esbelta figura de sugestivos contornos empezó a cimbrearse, enroscándose a la tonada de la samba, se detuvo de golpe para decir:

—¡Estoy harta de baile! ¿Lo dejamos, Joey?

Sus ojos glaucos se clavaron en los de su pareja. Éste era un hombre de fuerte contextura, moreno, facciones agradables y ojos de un negro intenso.

Fue en el momento en que Yorie le miraba cuando los ojos de

Joey avivaron su brillo como si fueran a echar llamas.

Los gruesos labios del hombre empezaron a distenderse en una forzada sonrisa. Durante unos segundos mantuvo los ojos fijos en los de la muchacha.

Luego descendieron, buscándole los labios, fuertemente encarnados. Enseguida el cuello, y el busto hábilmente cortado por el tenue vestido ceñido sobre los juveniles contornos.

Yorie estaba acostumbrada a esa clase de miradas. Le gustaba provocarlas.

Era verdad que de pronto había sentido fatigo por el baile. Se disponía a invitar a Joey a salir a la terraza, en busca de la brisa del mar, en tanto fumaban un cigarrillo.

Pero la significativa mirada de Joey, lejos de inquietarla, la animó a proseguir en el baile, entregándose a toda una serie de evoluciones y contorsiones del cuerpo, que pronto fueron el punto de curiosidad de toda la sala.

Yorie se valía de la fuerte personalidad de su padre para llegar impunemente a los máximos atrevimientos. Era indudable que con menos de lo que ella hacía, cualquier bailarina de club sería calificada de impúdica.

Aquella noche, la heredera de Samuel Karby echaba el resto. Ella y Joey habían quedado en medio del salón, en tanto las demás parejas renunciaban al baile y abrían un ancho círculo.

A Joey esta atención parecía cohibirlo. Lo contrario que ocurría con Yorie. Los cimbreos de su magnífico cuerpo fueron adoptando por momentos unos movimientos más intencionados.

Y llegó un instante en que el leve vestido, más que cubrirla, fue un pretexto para realzar su desnudez.

Por muy acostumbrados que estuviesen a sus excentricidades, lo de aquel momento rebasaba la medida.

—¡Esto es un escándalo!

—Convendría avisar a su padre.

Los murmullos entre las damas iban en aumento. Lo que más impresionaba era el contraste de su juventud, su belleza, el saberla hija del grave y pundonoroso Samuel Karby, con la desfachatez, aquel aire de desgarro que quizá desentonara incluso en un bajo fondo.

Pero diríase que Yorie buscaba precisamente ese estupor. Era

como si en ese momento rompiera todas las amarras que le atormentaran.

—Es como si llevara mil demonios en la sangre —comentó una dama ya madura.

Joey, al fin, pareció arrastrado por el mismo vértigo que su pareja. Ya no le importaba que todos estuviesen observándolos. Se sentía sólo ante aquella diosa de carne.

Como un esclavo evolucionaba en torno a ella, y el trazo enérgico de sus facciones en algunos momentos quedaba deformado, acusando la gran convulsión que se desarrollaba en su interior. Relampagueaban sus ojos y su fuerte y blanca dentadura relucía en una sonrisa más bien siniestra.

Antes de que la pieza terminara, Yorie se puso a girar velozmente. El caprichoso corte que tenía en un lado del vestido se abrió, mostrando una fina y bien torneada pierna. La cabellera rubia se abrió en abanico, formando un círculo de oro sobre su figura.

Evolucionando así, con una velocidad de vértigo, fue apartándose del centro del salón, se acercó a la barrera de espectadores, éstos abrieron un estrecho callejón y por allí salió, yendo a caer en uno de los largos divanes de la habitación inmediata.

La música cesó entonces. Estalló una salva de aplausos y gritos de entusiasmo y un grupo de jóvenes se precipitó a la sala donde se había refugiado Yorie.

La joven permanecía tendida sobre un diván, tapándose los ojos con una mano, mientras mantenía el otro brazo colgando, tocando con la mano el suelo.

En la posición en que se hallaba, el fino vestido la moldeaba tanto o más que en el momento del baile. Su pecho alentaba aceleradamente, y cuántos hombres la rodeaban permanecieron suspensos, siguiendo sus latidos.

—¡Has estado admirable, Yorie!

—¡Eres una diosa!

Esto provocó grandes risas. La muchacha se incorporó a medias.

—¡Cuánta idiotez! —exclamó con repentino mal humor—. ¿Por qué no me dejáis sola?

—¿Lo deseas, Yorie? —preguntó el que habló primero.

—¡Sí! Id a reforzar las censuras que están haciendo de mí. No os perdáis lo mejor de la noche.

Lo que demostraba que se daba cuenta de todo cuanto hacía, y de lo improcedente que podía ser.

—Lo mejor de la noche y del día es no dejar de contemplarte, Yorie —manifestó el que antes la calificó de diosa.

Era un joven de abundante cabellera y ojos hundidos.

—¡Qué fastidio! —refunfuñó ella.

Se levantó de un salto y haciendo ademán de empujarlos, les espetó:

—¡He dicho que me dejéis! ¿Es que no lo habéis entendido? ¡Vuestras prometidas estarán rabiando ahí fuera! ¡No quiero líos!

Parecía, en realidad molesta por aquella admiración, como si unos minutos antes no hubiera sido ella la más interesada en provocarla.

Dócilmente, como si sobre sus cabezas hubiese restallado el látigo del amo, fueron saliendo de la habitación.

—¡Cerrad la puerta! —gritó.

El último cumplió la orden. La muchacha, al quedar sola, se cruzó de brazos, sentada en el borde del diván, pensativa.

En el salón se acababa de reanudar el baile. Durante unos momentos estuvo interesada en seguir la melodía, con movimientos de cabeza.

De repente, quedó inmóvil. Su cara de muñeca alegre se transformó. Una huella de cansancio, de hastío, apareció en ella.

De repente volvió la cabeza para mirar a un extremo de la habitación.

—¿Quién está ahí? —preguntó, levantándose.

En la misma posición en que antes estuvo ella, echado a lo largo de un diván de manera que el respaldo lo ocultaba a Yorie, se hallaba un hombre.

A la pregunta de Yorie, el hombre no contestó, ni se movió siquiera. La miraba con los ojos entornados, la expresión risueña.

—¡Usted! —exclamó Yorie.

El hombre se incorporó. Era de contextura fuerte y elástica, rostro moreno y grandes ojos pardos.

La misma mirada que antes le dirigió Joey, le dedicó ahora este hombre, pero sin el dejo siniestro del otro.

A los ojos y a los labios la miraba el hombre que acababa de incorporarse. No disimulaba que ya con la mirada lo consideraba un puro deleite, acariciarle la boca, de los labios llenos, en los que apuntaba una sonrisa desdeñosa y al mismo tiempo desafiante.

Era poco más o menos lo que expresaban los labios del hombre. Yorie lo miraba con asomos de perplejidad. Era como si se encontrase ante un hombre completamente distinto al que ella creía conocer.

—¿Por qué desapareció del hospital?

Él se echó a reír.

—Comprenda. Demasiado revuelo de periodistas… Las autoridades consideraron prudente ponerme en reserva…

—¡Pero su compañero sigue en la clínica!

—Con él no hay peligro de que pueda revelar ningún secreto de Estado. Por desgracia, todavía no ha recobrado el conocimiento.

Yorie ya se había repuesto de la sorpresa. Se alegraba de que la realidad fuese más atractiva que el recuerdo.

—Y bien. ¿Por qué esta noche se decide a aparecer?

—No he podido hacerlo antes. He venido dos veces y los criados no me han mirado con demasiada simpatía. Además, resultó que las dos veces usted no estaba. Esta noche he aprovechado la baraúnda, y he conseguido entrar.

—¡No por la puerta principal! —observó Yorie, mirando hacia uno de los balcones por dónde suponía que había entrado el hombre.

—¡Bah! ¿Para qué la puerta? Aunque hubiera podido entrar por ella sin que nadie reparara en mí, porque llegué en el momento en que usted los tenía a todos deslumbrados, con su danza.

Yorie pareció que fuera a enrojecer. De pronto, en sus ojos asomó un brillo de malicia.

—¿Usted me ha visto?

—Por fortuna, sí, la he visto.

—¿Y qué opina?

—Como bailarina, no pasa de lo corriente.

Yorie lo miró adusta.

—No me dedico a la danza —dijo ásperamente.

—Como mujer, ya se lo ha dicho uno de sus amigos: una diosa. —Y se echó a reír.

Parecía querer deshacer el elogio que acababa de dirigir a su figura. Así lo entendió Yorie y mirándolo con dureza, le espetó:

—Entre por la puerta principal antes de que me arrepienta y diga a los criados que le impidan la entrada.

El hombre llevaba indumentaria poco adecuada para la brillante fiesta. Vestía como cualquier marinero.

—No. Prefiero irme. Hace una noche muy hermosa. Y puesto que en alta mar hay maniobras, voy a ver si desde los acantilados consigo una sensación de verdadera guerra.

—¡Esto es una payasada! —exclamó Yorie, colocándose frente al balcón desde el que podía verse el collar de luces extendido a lo largo de la costa.

—Con un poco de imaginación, se puede conseguir la sensación de que todo es real —contestó él.

El hombre se encaramó a la balaustrada dispuesto a descolgarse por el tapiz de vegetación que desde el jardín subía hasta el segundo.

—¿Me da permiso para que utilice su lancha? —preguntó.

—¡No! —Fue la respuesta de Yorie—. ¡Nadie puede tocar mi lancha! ¿Acaso sabe dónde la escondo?

El hombre mintió.

—Puedo averiguarlo. Y esta noche, en las maniobras, saldrán muchos aviones nuevos. Algún compañero puede tener la desgracia que tuvimos nosotros.

Eso ya interesó a Yorie.

—¿Cree que podía haber otro accidente?

—Es muy probable.

Yorie por momentos pareció más animada.

—¿Recuerda la ensenada adonde llevé a usted y a su compañero?

—¡Cómo no recordarlo!

La joven lo miró, de pronto, con nueva atención.

—A todo esto todavía ignoro cómo se encuentra de sus heridas.

—Muy bien. Sufrí solamente conmoción.

Yorie miró en dirección a la puerta.

—¡Me aburre esa fiesta! Papá se encierra para hablar de negocios y me deja a mí para que haga los honores de la casa. ¡Estará bien cuando pregunte por mí! —Se echó a reír—. ¿Se llama

usted?

—Drek Carvel. Se lo dije ya aquella noche.

—Pero yo no tenía por qué recordarlo. ¿No le parece?

—Yo sí, recuerdo el suyo… pese a mí «conmoción».

Ella iba a replicar que le parecía una petulancia inadmisible, que él se considerase al mismo nivel que ella, cuando pensando en que su padre pudiera aparecer de un momento a otro, dijo, para apresurar:

—Espéreme en la pequeña ensenada. Iré a recogerle.

—¿Aunque la alarma haya empezado?

—¿Y por qué no?

—Pese a que todo es mero ensayo, los cañonazos de los barcos imponen y más en plena noche.

Ella hizo un gesto despectivo.

—A mí no consigue emocionarme. No puedo olvidar que se trata de una farsa. Una guerra es algo más. ¡Es el peligro, la aventura!

Drek se quedó mirándola. Parecía en la misma excitación que cuando se contorsionaba, bailando.

Yorie, al darse cuenta de la manera que él la miraba, preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—Nada. Simplemente considero la cantidad de energía que reside en un cuerpo de apariencia tan delicada como el suyo.

—¡Si quiere acompañarme, no me haga perder tiempo! Ya sabe dónde tiene que esperarme. Voy a recoger mi equipo.

—De acuerdo.

Drek Carvel desapareció del balcón.

Joey, el que acompañó a Yorie en la escandalosa danza, salió al jardín, tanto para serenarse como para esquivar las miradas de los invitados.

Estaba furioso consigo mismo, por haberse dejado manejar como un pelele. La misión de Joey en la villa de Samuel Karby, tenía otro fin que dejarse llevar de los caprichos de Yorie.

Al llegar al jardín y perderse entre los macizos, tuvo la sensación de que lo seguían. Iba a volverse cuando oyó detrás: «Sigue adelante».

Joey reconoció la voz y se estremeció. Estaba precisamente pensando en el que acababa de mandarle que siguiera adelante.

Temía que le hubiese visto haciendo el fantoche en la sala, y que

por ello fuera a recriminarlo.

En la parte más oscura del jardín, Joey y el que le seguía se detuvieron. El segundo hombre vestía también de etiqueta, era de mediana estatura, de anchos hombros.

En la oscuridad brillaron unos ojos pequeños y una risa ancha.

—¡No ha estado mal, Joey! La hija de Karby parece sentir preferencia por ti. Eso nos conviene. Hay que ver la forma de sacarla al jardín…

El individuo se interrumpió para mirar a su alrededor, la mano en la sobaquera.

Joey lo miró extrañado.

—¿Ocurre algo, Hawley?

—Creo que alguien andaba escuchando —contestó el individuo, después de haber escudriñado por los alrededores.

Joey pensaba solamente en lo que había dado a entender Hawley: que interesaba sacar a Yorie al jardín. Eso significaba mucho.

—¿Es que ha de ser esta noche? —susurró.

—Ningún momento mejor que esta noche.

—¡Con toda la costa llena de barcos de guerra!

—Precisamente. Nadie podrá pensar que esto vaya a producirse.

—¡Pero el radar lo localizará pronto!

—No lo creo. Los barcos se dirigen al sur.

Hablando, fueron regresando a la casa. Hawley dio con el codo a Joey.

—¡Mira a ese balcón!

Era donde acababa de asomar Drek Carvel hablando con Yorie. Los dos debieron pensar que de la forma que Drek aparecía, había poco de cautela, más bien era ostentación, afán de que lo vieran…

CAPÍTULO II

Dejó sobre una roca el paquete de ropa y empezó a desnudarse. En un instante, su fina escultura quedó perfilada sobre el fondo azul.

Chascaba el mar contra las piedras, removiéndolas, y algunas salpicaduras de espuma alcanzaron las piernas de Yorie.

Durante unos momentos, la muchacha permaneció inmóvil, envuelta por el suave aliento del mar.

Del paquete que había dejado en la roca cogió unos pantalones de hechura varonil y se los enfiló. Luego, un grueso jersey.

Por breves instantes, su cabeza estuvo pugnando por emerger de la estrecha abertura que dejaba el cuello del jersey.

Lo consiguió al fin, y la prenda, excesivamente larga, quedó enrollada a la cintura.

La cabellera, esponjada, quedó apresada por un gorro de punto. Súbitamente, Yorie pareció disminuir de estatura. Su contextura dio la sensación de una mayor delicadeza.

Convertida en un elástico muchacho, fue saltando de una roca a otra. En la lejanía, el relampagueo de unos cañonazos y la sensación de unos truenos que rodaban a un abismo insondable, hicieron que la joven se detuviera de pronto, como sobrecogida.

Volvió la cabeza para mirar al final de la escollera, donde se entreveía la mole inmensa de un edificio. Era su villa. La alarma había empezado y todas las luces se habían extinguido.

Por unos instantes, Yorie pareció vacilar, como intuyendo un gran peligro. Enfrente tenía el mar, levemente rizado, con amenazas de romperse en convulsa marejada.

Pese a que aquella noche había ironizado sobre la parodia de guerra que se iba a representar en una gran zona del Pacífico, ahora que se veía al borde mismo del mar, a cuatro pasos de donde tenía la lancha, sintió un principio de vacilación.

La soledad tan deseada ahora le imponía. Oíase muy alto un fragor de aparatos que parecía fueran a romper la noche en un cataclismo de llamaradas.

—¿Qué le ocurre, Yorie? ¿No se atreve?

La joven dio un salto al oír la voz de Drek Carvel apostado entre las rocas, a unos pasos de ella.

—¿Desde cuándo está ahí?

—Desde un poco antes que usted llegara —contestó Drek.

Yorie ahogó un grito de cólera, mientras Drek soltaba una carcajada.

—Usted debía sentirse molesta si su cuerpo estuviese deformado. ¡Pero a fe que es la más maravillosa escultura que nunca han contemplado mis ojos!

—¡Maldito estúpido! ¡En mala hora le tendí una mano! ¡Debí dejar que se ahogara!

—Pronto me presenta factura. Ya en el hospital oí decir que si nos sacó del agua a mi compañero y a mí, fue por mero deporte.

El tono de bulla que empleaba Drek sólo servía para poner a Yorie más frenética de lo que ya estaba.

—¡Repito que en mala hora no dejé que se ahogara!

Drek señaló a lo alto, donde se oía un fragor de aparatos cada vez más ensordecedor.

—Entonces, ¿para qué diablos quiere salir a alta mar? Quizá recoja a algún otro admirador de su belleza, que no se prive de decirlo y contemplarla.

Yorie no contestó. Por unos instantes permaneció como vacilando en dirigirse a la lancha.

—Quedamos en que me esperaría en la ensenada.

—He preferido que fuera aquí. Hace ya tres noches que duermo en su lancha —declaró Drek.

—¿Usted? ¡Esto ya es el colmo!

—Se está muy bien en su lancha. Y alguien ha querido seguir mi ejemplo. ¿Sabe, Yorie? Suba a bordo y se encontrará con una sorpresa.

—¿Quién está ahí? ¿Su compañero?

—¡Qué más quisiera él! Es uno de sus amigos. Suba sin miedo. Está bien amarrado.

Saltó primero Drek y le tendió los brazos. Pero esto sólo sirvió

para que ella se sintiera más recelosa.

—¿Qué teme? Le aseguro que es uno de sus amigos. Voy a destaparle la boca.

Se inclinó junto a la caseta del timón, y al momento se oía una voz colérica, llamando a Yorie.

De un salto, la muchacha pasó de las rocas al centro de la embarcación.

—¡Joey! ¿Qué haces aquí?

Se había arrodillado junto a Joey, que no hacía más que forcejear para soltarse.

Drek había puesto el motor en marcha, después de soltar las amarras. Al advertirlo Yorie, gritó:

—¡Pare el motor!

—¿Por qué?

La nave empezó a deslizarse.

—¡Pare o me echaré al agua!

—Haga lo que quiera. Llévese también a su amigo. Yo sólo me encargaré de explorar la zona.

La lancha enfilaba entonces el mar a toda velocidad. En la escollera, algunos individuos presenciaron escondidos cómo se alejaba la pequeña embarcación.

Todos, mientras permanecían agazapados, empuñaban una pistola. Algunos se creían los únicos a aquellas horas en la escollera. Pero había otros espiándolos.

Varias veces, Yorie le ordenó a Drek que virara, pero la respuesta fue siempre una carcajada. Una de tantas veces, un cuchillazo del mar, provocado por un rápido viraje, los envolvió.

—¡Vaya, lo siento!

A partir de este momento, permaneció de espaldas a la pareja. El estruendo de los aparatos aéreos se alejaba.

Yorie se acercó al lado de Drek. Parecía estar encajando la situación con buen humor.

—¡Qué le vamos a hacer! Mi intención era salir sola…

—Sola, no: conmigo —recordó Drek.

Yorie se echó a reír.

—No hubiera ido a la ensenada.

—Ya lo supuse. Por eso quise esperarla aquí.

Joey, desatado por Yorie, se encontraba ahora detrás de Drek.

—Antes de llegar adonde usted tenía la lancha, vi a alguien deslizándose furtivamente.

—¡Eso lo discutiremos en otro momento! —prorrumpió Joey.

—¿Y por qué no ahora? A Yorie creo que le interesará saber que a bordo van unos cohetes y una emisora.

—¿Cómo? —inquirió la joven, verdaderamente extrañada.

—Desde hace tiempo tengo la idea de acompañarte —dijo Joey —. Pero entendí que debíamos hacer las cosas bien. Eres demasiado impulsiva y si te daba por asustarme, no habrías vacilado en meter la lancha en alta mar. Por eso traje la emisora y los cohetes…

—¡Qué ridículo! —exclamó ella, rompiendo a reír.

Precisamente cuando Drek quedaba muy serio, atento a la oscura zona que la quilla parecía labrar, pugnando por dejar huella, sin conseguirlo.

Joey se había alejado, quedando de espaldas a Yorie.

Al momento se oía el tintineo de un pulsador de Morse.

—¡Pero qué infantil eres, Joey! —comentó Yorie, yendo hacia él.

—¡Quieta! —ordenó Joey, en un cambio de tono verdaderamente impresionante—. ¡Ponte al timón y gira a babor!

El tono era desconocido para Yorie. Una voz acerada, autoritaria.

—¿Qué significa esto, Joey? ¿Te has vuelto loco?

Lo dijo en tanto daba unos pasos hacia él.

—¡Te estoy hablando en serio, Yorie! ¡Ponte al timón y haz cuanto yo te diga! ¡Pronto!

Al mismo tiempo irrumpía un fogonazo del sitio en que estaba Joey y un proyectil silbó por encima de la cabeza de Drek.

—¡Es una advertencia para el «aviador» y para ti, Yorie! —dijo sordamente el individuo que aquella noche pareció un pelele danzando al compás que marcaba la samba y el capricho de la bella.

A esto siguió un extraño silencio. La lancha navegaba ahora con mucha lentitud. Hacía unos momentos que Drek había amortiguado las vibraciones del motor hasta el máximo, como si no quisiera perder ningún detalle de aquella desconcertante escena.

La muchacha, tras haber emitido una exclamación de sorpresa, se había encerrado en el más absoluto silencio e inmovilidad.

—Póngase a mi lado, Yorie —dijo Drek, en tono humorístico—.

A su amigo se le ha subido a la cabeza el cargo de almirante.

Ella no supo qué contestar. Por unos instantes mantuvo sus ojos fijos en el sitio donde estaba Joey, manipulando la emisora.

La cólera empezaba a agobiar a Yorie. Esperaba que de un momento a otro Joey rompiera a reír, dando por terminada la broma. Deseaba que llegara ese momento para entonces dar suelta a su irritación. En su vida llena de excentricidades no figuraba nada de lo que sucedía aquella noche.

Ocupó el sitio de Drek. Éste, al soltar el timón, preguntó jocosamente:

—¿Qué órdenes hay para mí?

Joey no acusó la ironía. Seriamente, contestó:

—Procure que nuestra amiga cumpla lo mandado. Viren a babor.

—Pero nos alejamos demasiado de la costa. Y están las luces apagadas.

—¡No importa! ¡Haga lo que he dicho! —rechinó Joey.

Drek se irguió. Antes de que tuviera tiempo de hablar o moverse, Joey dijo:

—Le estoy apuntando. Usted fue un estúpido al no registrar bien la lancha.

—Eso parece. Pero creo que si no cambia el tono, su pistola va a importarme muy poco.

—¿Ah, sí? ¿Y qué haría?

—Saltarle las muelas.

—Inténtelo.

Yorie ya había iniciado el viraje. Cuando la embarcación estuvo en el rumbo que Joey había pedido, éste ordenó acelerar el motor. El sonsonete del morse se oía de vez en cuando.

De repente Joey pareció dispuesto a bromear.

—Yorie: ¿Qué te parece si devolviéramos el «aviador» al sitio donde lo encontraste? ¿Quiero decir, si lo echáramos al agua…?

—He de participarle que la costa me coge algo lejos. Quizá tuvieran ustedes que echarme otra mano.

Joey soltó una risotada.

—No creo que Yorie se sintiese esta vez impulsada a socorrerle. ¿Qué opinas?

—¡Ya me estoy cansando de esta broma! —prorrumpió Yorie—.

¿Me oyes, Joey? ¡De esta noche te vas a acordar!…

—¡Oh, sin duda! —rió él—. ¡Paren el motor!

Al mismo tiempo salía disparado a lo alto un cohete. No se elevó mucho. Tras permanecer unos momentos chisporroteando sobre sus cabezas, se extinguió.

Drek y Yorie habían mirado en la dirección de Joey. Éste sostuvo sus miradas, mostrando su blanca dentadura. Mantenía una mano apoyada en la regala de popa. Con esa mano seguía empuñando la pistola con la que antes hizo el disparo. En el fondo de la embarcación vieron la pequeña emisora abierta.

Cuando la luz de bengala se extinguió, Joey dijo:

—Debió registrarme mejor… Ya ve que esta pistola decide todo.

Por la parte de proa brilló una luz. Se encendía y se apagaba con intermitencias calculadas.

—Ahora, lentamente, hacia aquella luz —dijo Joey.

La muchacha no se movió. Fue Drek quien, como si de pronto comprendiera lo que ocurría, se colocó ante el timón, puso en marcha el motor y, tal como el otro se lo iba indicando, encaró la nave hacia la luz.

Al poco la pequeña embarcación se ponía al lado de un desproporcionado tubo de acero. Casi en un extremo destacaba una mole, en forma de torre.

Se advertía en las entrañas del mastodonte un apagado rugir de motores.

Alguien, situado en la torre, empezó a hablar. Se expresaba en inglés. Joey le contestó, diciéndole quiénes iban a bordo. El de la torre dijo que iba a notificarlo al jefe de la nave.

Hasta este momento aguardó Drek. Apenas desapareció de la torre el que seguramente servía de intérprete, Drek se encaró con Joey.

—¡Quiero saber qué ocurre!

Chocó a Joey el tono que empleaba Drek.

—¿Es una exigencia?

—Seguro —y Drek echó a andar hacia el otro.

—¡Quieto! —gritó Joey.

En este momento lamentaba haber dicho al de la torre que el «aviador» recogido días antes por el fallo de un avión en pruebas, estaba a bordo.

Así y todo, no vaciló en recurrir a la pistola.

—¡Como de un paso más!…



—¡Como dé un paso más...!

2 - HUELLAS

Yorie intentó sujetar a Drek.

—De todo lo que ocurre sólo entiendo que Joey lleva las de ganar… ¡No haga nada, Drek!…

—He de romperle las muelas… Lo prometí.

Se oyó el chasquido de la aguja de la pistola, dando punzadas inútiles. Joey miró el arma y la soltó enseguida, pues Drek ya estaba encima.

Se dispuso al ataque. Pero Drek no le dio otra oportunidad que la de defenderse a medias, mientras él lo golpeaba obligándolo a situarse en un extremo de la lancha.

De un puñetazo en el estómago y otro en la cara, lo obligó a salir por la borda.

—¡Yorie! ¡Acérquese! —llamó Drek, situado al otro extremo de la lancha.

La muchacha obedeció, maquinalmente.

—Recoja la pistola y póngale este cargador… Subo enseguida.

Y Drek se lanzo al agua, al parecer para ir en socorro de Joey, quien se había puesto a dar voces, pidiendo ayuda.

La corriente lo empujaba lejos de la lancha y del monstruo submarino que iba emergiendo. De la torre les habían lanzado algunos cables, unos para sujetar la lancha, otros para que los utilizaran los que se debatían en el agua.

Drek parecía encontrarse tan apurado como Joey. Durante un largo minuto permaneció debajo del agua, como engullido por los remolinos que se formaban en aquel sitio.

Pero no obstante, fue él quien prestó a Joey la ayuda decisiva, agarrándolo de la espalda cuando parecía que iba a sumergirse, agotado.

El comandante del sumergible miró indiferente hacia la escalerilla de la torreta, por dónde descendían los que desde aquel momento iban a ser compañeros de ruta.

Aparecieron primero dos tripulantes del submarino. A continuación, Drek, chorreando. Enseguida, Joey, también convertido en esponja, la boca llena de sangre, con cara de borracho.

Por último, Yorie, con pantalones masculinos, y el amplio jersey. Su cabellera suelta dio el efecto de una llamarada de oro en aquel compartimiento atestado de aparatos, válvulas y tuberías.

El comandante no ignoraba que iba a acoger a bordo a una mujer, pero sin duda no la había supuesto de una belleza tan avasalladora.

En silencio, Drek y Yorie fueron invitados a pasar a una reducida cámara en la que, apenas entrar, se cerró la puerta. En el centro de la cámara había una pequeña mesa, en la que se veían papeles de navegación.

La puerta se abrió cuando aún no habían tenido tiempo de observar el departamento, y un tripulante dio un brazado de ropa a Drek. Y volvió a cerrar.

Drek se dirigió a un rincón de la cámara y procedió a cambiar de indumentaria. Yorie permanecía de espaldas.

Se oía el ruido del agua entrando en el lastre y la nave acusó en sus movimientos que procedía a la inmersión.

—¿Por qué no habla usted? —gritó de pronto Yorie, frenética—. ¿Qué piensa de esto?

Por unos instantes sus ojos miraron extraviados.

—Sobre todo, manténgase serena… Y piense que pueden oírnos. Y quizá vemos —contestó Drek.

Instintivamente Yorie miró a los rincones de la cámara, pero de nuevo quedó con toda la atención concentrada en Drek.

—¡Usted estaba en la lancha, esperándome!…

—Y también su «amigo» Joey… Y él es quién se entiende con los de la nave.

—¡Todo eso puede ser una farsa! —exclamó Yorie.

—¿El qué?

—Su animosidad con Joey.

—Puede estar segura de que detesto a su «amigo»… Pero mi antipatía hacia él, tiene mucho de envidia. Lo vi bailar con usted…

Se le puso tan cerca, que la rozó con su cuerpo. Yorie levantó los ojos, para mirarle extrañada. Sintió como una tromba de fuego en el rostro.

Retrocedió unos pasos.

—¿Qué le ocurre?

La escena no podía ser más absurda. En un instante como aquél, en que todos los riesgos eran posibles, Yorie se encontraba con un hombre reaccionando como cualquiera de sus cortejadores.

—¿Sabe lo que pienso de usted, Yorie?

Ella no contestó, desconcertada por las reacciones que se reflejaban en el rostro de Drek. Ahora parecía odiarla verdaderamente.

—Sospecho que usted tenía concertada con Joey esta fuga…

—¡Yo!… ¡Usted está loco!…

—Estoy viendo los titulares de los periódicos. «Yorie Karby, ha desaparecido…». Su lancha será encontrada.

—¡La habrán hundido, antes de sumergirnos!…

—No. Cuando íbamos a hacerlo, la lancha ya se había alejado mucho… Ahora seguimos alejándonos de la costa para llegar cuanto antes a aguas internacionales.

Yorie, sintiendo que los nervios iban a estallar, empezó a pasearse, cada vez más deprisa.

—¡Esto es un secuestro ridículo!… ¡Tenemos naves de guerra por todas partes! ¡Nos localizarán enseguida!…

Drek, cruzado de brazos, se quedó mirándola, sonriente.

—¿Y qué? ¿Quién va a dar la orden de que suelten cargas de profundidad para exterminar a la hija de Samuel Karby?

—¡Mi padre mismo lo haría, de saber dónde me encuentro!…

—Su padre ya debe saberlo —contestó Drek.

La puerta de la cámara se abrió, y aparecieron Joey, el que servía de intérprete y un individuo de tipo oriental.

—Siento interrumpirles —dijo Joey.

Yorie fue cara a él.

—¿Puedo saber a quién he estado prestando mi confianza?

Su voz temblaba, por la ira. Joey permaneció indiferente, para quitar importancia a las magulladuras que presentaba su rostro por los golpes que le asestó Drek.

—Eso apenas importa. Para ti sigo siendo Joey…

—¡Eso ya nunca va a ocurrir! ¡Lo considero el más repugnante bicho!…

—En cierto modo es verdad, Yorie —dijo Drek—. Su amigo Joey no es más que un miserable eslabón…

Dio en lo vivo. Joey, temblando de cólera, hizo ademán de lanzarse sobre Drek. Éste sonrió, burlón.

—¿No tuviste bastante?

El individuo asiático dijo algo en su extraña jerga y el intérprete se encaró con Joey:

—Si no quiere sentirlo, cállese.

Drek, viendo el gesto de miedo que hizo Joey, comentó:

—Un insignificante peón, que quizá ya estorba. Cosa que

conmigo no va a ocurrir…

—¿De veras? ¿Tanto cree usted que interesa? —preguntó Joey, queriendo parecer irónico.

—Casi tanto como Yorie. ¿No soy el «aviador» que pilotaba un aparato en pruebas? —Se volvió, encarándose con el asiático—. ¿Verdad que les intereso?

El oriental miró al intérprete. Este tradujo. Y momentos después, dijo a Drek:

—Interesa… Pero no tanto como la señorita Karby. Yorie, crispada, prorrumpió:

—¡Piratas indecentes!… ¿Van a pedir un rescate por mí?

—Ya lo están pidiendo —habló Joey—. A tu padre, antes de que los invitados salieran de vuestra villa, le habrán informado de tu situación.

—¿Y qué le piden?

Joey, dándose cuenta de la dureza con que lo miraba el intérprete, murmuró:

—No estoy autorizado para decírtelo.

El intérprete y el asiático cuchicheaban. Joey, al darse cuenta, quedó serio, casi aterrorizado. El intérprete le indicó con un movimiento de cabeza que saliera. Joey obedeció.

El oriental hizo un cortés movimiento de cabeza y manos, indicando a Yorie y a Drek que se sentaran.

—Al contestarme, diríjanse a él —dijo el intérprete—. Conoce el suficiente inglés para entenderles.

—Antes, en presencia de Joey, parecía que no —replicó Drek.

El intérprete no pareció oírle. Con paso lento se dirigió adonde se había sentado Yorie.

—Lo que se pretende de su padre, señorita Karby, es simplemente que se vuelva más «accesible». Al fin y al cabo será un descanso para él, tener a «alguien» cerca, para hacerle alguna confidencia…

Yorie se levantó, con los ojos llameantes.

—¿Pretenden ustedes que mi padre traicione a su patria?

El intérprete, antes de contestar, miró al oriental. Éste sonreía.

—Nos decepciona, señorita Karby… Emplea el lenguaje más rutinario, de la gente más vulgar —dijo el intérprete.

Dejó un silencio, en espera de que la muchacha respondiera.

Yorie, apenas sentarse se había levantado, recostándose contra una de las paredes blindadas, cruzándose de brazos.

El hecho de que todo obedeciese a una conjura de alguna potencia extranjera, para valerse de la privilegiada situación en cuanto a los secretos de la alta política de que gozaba su padre, lejos de atemorizarla, la confortó.

Mirando con desdén al intérprete y al oriental, dijo:

—También ustedes me han decepcionado. Han obrado como el más vulgar «gángster»…

—De «gángster» ha salido la idea del rapto —dijo inesperadamente Drek.

Sorprendió tanto a Yorie, como al oriental y al intérprete. Todos se le quedaron mirando.

—Uno de los invitados de su casa —siguió Drek, dirigiéndose a Yorie—, es el que ha concebido el plan de poner a usted en juego, para que su padre facilite informes secretos sobre los planes del Gobierno, tanto sobre determinadas armas, como sobre la política que va a seguir con respecto a determinados países de Extremo Oriente…

Mientras hablaba sonreía. Lo mismo que hacía el oriental. El intérprete, por el contrario, estaba lívido, como si lo que Drek acababa de decir fuese a costarle la cabeza.

—Muy enterado —habló por primera vez el oriental.

—Lo suficiente para saber qué juego intenta llevarse el «gángster» disfrazado de hombre de finanzas, que tiene acceso a la casa del señor Karby. A estas horas quizá haya informado ya a su padre —siguió Drek, dirigiéndose a Yorie—, sobre su suerte… Naturalmente, no le dirá que hay un submarino de una potencia extranjera al servicio de usted, porque eso sería revelar que una nave enemiga se ha acercado a aguas territoriales.

La luz amarillenta que había pegado al techo, desde hacía unos momentos tenía fuertes oscilaciones. En la nave se notaban rápidas viradas.

En tanto Drek hablaba, el oriental lo mismo que el intérprete habían estado prestando atención a los movimientos de la nave.

Los dos fueron acercándose a la puerta blindada. El asiático puso una mano en el resorte que la abría.

—Hablaremos.

—Me temo que será en condiciones muy distintas —replicó Drek.

En el momento en que el asiático y el intérprete salían, en la cámara se advertía una sacudida. Enseguida otra.

Los estallidos sonaron en el techo. Al quedar solos, Yorie miró esperanzada a Drek.

—¡Vienen por nosotros! ¿No cree?

Volvieron a oírse otras dos detonaciones. La muchacha desplegó uno de los asientos que había empotrados a la pared, y se sentó.

Drek escuchaba atentamente, por si algún ruido del exterior le revelaba lo que en realidad estaba ocurriendo.

De pronto se oyó como si las planchas se desgarraran. Eran las ametralladoras del submarino. La nave ahora se movía con bastante lentitud.

Transcurrió un largo rato de completa calma. Se abrió la puerta y apareció el intérprete.

—El comandante les llama.

Ya saliendo de la cámara, agregó:

—Los espera en la torre.

Instantes después, por una angosta escotilla, salían a la pequeña plazoleta que coronaba la torre. Allí les aguardaban el comandante, el asiático y Joey.

Al salir, un suave viento los envolvió. Drek y Yorie respiraron fuerte. La atmósfera enrarecida de la cámara empezaba a producirles molestias.

—El comandante os autoriza a permanecer aquí —dijo Joey, queriendo recobrar la estimación de Yorie.

La muchacha no sólo no le contestó, sino que se volvió de espaldas. Se acodó en la borda y se quedó mirando a lo lejos.

El submarino viraba en esos momentos. Sobre el fondo oscuro, levemente punteado de estrellas, surgió un fulgor vivo, dorado, como un incitante tesoro que estuviese llamando desde un hondo abismo.

—¿Qué es aquello? —preguntó Yorie.

—Un petrolero —contestó el intérprete.

—¿Incendiado por ustedes? ¿Y la tripulación?

—Es de suponer que se encuentre en las lanchas.

El submarino se alejaba a toda máquina del incendio. Todos

miraban a Drek, cuya personalidad les intrigaba cada vez más. Nada de lo que Joey les había dicho del «aviador» rescatado por Yorie, noches atrás, les convencía.

—¿No le sorprende que dejemos rastro en nuestro rumbo? —preguntó el intérprete.

—Ustedes quieren dejar huellas falsas que indiquen mar adentro… Pero estamos regresando a la costa, donde ustedes piensan que no los buscarán —dijo Drek.

Siguió un silencio. El comandante, el oriental y el intérprete permanecieron unos instantes hablando muy bajo. Todos miraban ahora a Joey. Éste empezó a temblar.

—¡Les juro… que yo sólo sabía de él… que Yorie lo salvó!…

Sonaron tres disparos. Los hizo el intérprete. Joey se encogió quedando sobre las planchas como un montón de trapos.

—Bajen —les ordenó el que había disparado.

Drek se apresuró a coger de un brazo a Yorie, para empujarla hacia la escotilla. Así evitó que la muchacha viera cómo con el pie, el intérprete empujaba a Joey al mar…

CAPÍTULO III

Un submarino es una caja en la que cada centímetro de espacio, cada pieza, cada hombre tiene su función específica. Nada debe fallar. La más leve perturbación repercute en toda la nave.

Al descender de cubierta pasaron por distintos compartimientos estancos, en los que se veían a unos hombres inmóviles ante los manómetros, motores, aparatos de escucha.

Al pasar la pareja, solamente cinco de aquellos hombres, los blancos, volvieron la cabeza para mirarlos, especialmente a Yorie. Los demás, los asiáticos, ni parecieron darse cuenta de que una mujer blanca prototipo de la belleza occidental, se encontraba a bordo.

Yorie iba ahora al lado de Drek con miedo de que los separaran. Pero fueron metidos en un mismo compartimiento, donde había tres literas, una de ellas ocupada por un suboficial asiático.

—Elija el sitio que más le guste —dijo Drek, así que quedaron solos.

Las tres literas, una sobre otra, eran tan estrechas, que semejaban repisas.

Sonrió y con un elástico movimiento se encaramó a la última. Una vez tendida en ella vio que casi tocaba con la cara el techo.

La nave seguía navegando a toda velocidad en la superficie. Eran aquellas horas bajo la negra noche, en las que podían respirar a pleno pulmón y acumular fuerzas en las baterías para, apenas rompiese el día, sumergirse.

—Drek: ¿Quiere decirme quién es usted? —preguntó Yorie, al rato de haberse tendido.

En la litera del medio se encontraba él.

—Uno que le está agradecido —contestó Drek—. Usted me sacó del mar. Yo voy a ver si le pago con la misma moneda.

—¡No le creo!… ¡Usted sabía ya lo que iba a ocurrir!…

—¿Qué tiene eso que ver? Le dije que hacía tres noches que dormía en su lancha… Eso es cierto. Esta salida se tenía dispuesta para hace tres noches. Por lo menos, eso decían los informes del servicio de contraespionaje…

Tras un silencio, Yorie exclamó:

—¡Y han consentido ponerme en riesgo!…

Durante un buen rato permanecieron callados. Drek la oía revolverse en su litera. Era ahora, seguramente, cuando Yorie comenzaba a ver la verdad de su desesperada situación.

Su padre iba a verse en el terrible dilema del deshonor o resignarse a que su hija corriese toda clase de peligros.

Creyó advertir un sollozo. Drek permaneció callado.

Hacía muy pocas horas la había visto desconcertando a toda una multitud, con su deslumbradora belleza y su inconsciente frivolidad.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por el ruido que produjo el suboficial al echarse de la litera. Con tal sigilo se había acostado, que Drek no lo advirtió.

Al saltar de la litera salió del compartimiento, dejándolo bien cerrado.

Drek se dio cuenta de que en la nave se estaban produciendo movimientos extraños. Hacía inmersión, pero no de la forma gradual de la primera vez, inundando los lastres situados a banda y banda del casco de resistencia.

Ahora la inmersión se producía de una manera rápida, más bien atropellada. Habían, sin duda, utilizado los lastres de urgencia, con lo que se conseguía una inmersión relámpago.

Estaba claro que el acoso andaba cerca.

Pronto la atmósfera rarificada se haría molesta. Durante unos momentos fue una constante fluctuación de presiones que se acusaban en los senos frontales y en los oídos.

Drek notó que Yorie se revolvía en la litera.

—¿Le ocurre algo?

—Nada.

En la casi oscuridad que había en el compartimiento, Drek entrevió una pierna de Yorie, colgando.

—Permanezca tendida —aconsejó.

Yorie retiró la pierna.

—¿Cree que ya será de día?

—No creo… Esta inmersión obedece, sin duda, a otras causas.

Lo vieron confirmado enseguida. Varias detonaciones, cuyo sonido parecía amortiguado por barreras de algodón, llegaron hasta ellos.

La nave permanecía ahora quieta, con los motores parados. Los dos repararon en ello, casi al mismo tiempo en que se producían los estallidos.

Cuando el efecto de las cargas de profundidad cesó, se sintieron envueltos por un silencio impresionante, agorero.

Yorie, en un impulso de pavor, se deslizó al suelo, y quedó de pie, frente a Drek, quien todavía permanecía tendido.

—¿Es que van a atacarnos… sin tener en cuenta?…

Drek saltó y agarrándola de los hombros:

—¡Cállese!…

—¡No quiero!… ¡Considero a usted tan ruin como los que me tienen aquí!…

Drek la sacudió varias veces, previendo un ataque de histerismo.

—¡Ya llegará el momento de pedir responsabilidades! ¡Ahora, échese!…

Pero ella no le obedecía. Tal vez ni siquiera le oía. Tuvo que golpearla en el rostro, para centrarla.

De pronto Yorie quedó inmóvil, sin lágrimas en los ojos, la boca dibujada en trazo severo.

—¡Ojalá destruyan esta tumba!… ¡Con todos dentro! ¡Y quiero que papá termine sus días pidiendo cuentas al país!…

El submarino seguía con los motores parados. Parecía en realidad un sarcófago de acero en el que, por un feroz castigo, hubiesen sido encerrados aquel puñado de seres para que se despedazaran antes de perecer asfixiados.

Ayudada por Drek, Yorie había vuelto a su litera.

—¿Cree que persistirán en la caza de este submarino?

—Sin ninguna duda… Y en ningún momento perderán su rastro —contestó Drek, intencionadamente en voz alta.

Al momento el cono de luz de una lámpara automática iluminó el compartimiento. Era el suboficial que volvía.

Entró sin hacer el más leve ruido. Descalzo, pisando como un fantasma. A aquel silencio, aquella desesperada cautela, estaba entonces condenada toda la dotación.

Los hidrófonos, los oídos submarinos de fina sensibilidad y enorme alcance, acechaban…

¿Cuántas horas llevaban en aquella marcha de pesadilla? La puerta del compartimiento estaba abierta. El suboficial hacía unos instantes que había salido, tambaleándose, como un verdadero beodo.

El submarino se había acercado varias veces a la superficie. Abría sus válvulas de admisión de aire, y los tripulantes, ya casi desvanecidos, iban recobrándose, bajo los efectos del aire renovado.

Reanudaban la marcha y cuando más seguros se sentían de haber despistado a los perseguidores, se creaba en las profundidades un ancho círculo de descargas, dando a entender, que el acoso continuaba.

Drek hacía rato que, como desde dentro de una espesa niebla, contemplaba la mano que colgaba de la litera de Yorie. Una mano exangüe, de afilados dedos y uñas brillantes.

Hacía ya rato que no se oían estallidos. Miró a la litera donde se encontraba Yorie. La mano seguía colgando y no se decidía a tocarla, por si la encontraba fría, agarrada a la muerte.

Cuando por fin lo hizo, sintió una honda alegría.

—¡Yorie! —llamó, a media voz—. Salga de ahí si puede.

Ella intentó obedecer, pero apenas pudo moverse. La cogió en brazos y con mucho cuidado, la dejó de pie en el suelo. Luego le pasó un brazo por la cintura.

—¡Es horrible! —murmuró la joven.

—Ya ha pasado. Estamos saliendo a la superficie…

Varias escotillas se encontraban ya abiertas. Los motores trepidaban a toda marcha. Hasta donde ellos estaban llegaba rumor de órdenes, ruido de palancas al ser maniobradas y sobre todo, pisadas fuertes.

Eran las noches las que el sumergible aprovechaba, describiendo grandes zigzags, tratando de burlar los palpos del radar, creyendo que en las bordadas hacia fuera, se perdería el contacto.

Pero resultaba imposible.

El intérprete y el asiático aparecieron en el compartimiento.

—Teníamos convenido con el comandante no molestarles en tanto no llegáramos a puerto —dijo el intérprete—. Pero tenemos en la ruta a varios barcos de guerra…

—Tendrán más —le interrumpió Drek—. Ya se lo previne.

—Si no conseguimos zafarnos, ¿qué espera usted que ocurra? —preguntó el intérprete.

—No creo que el submarino se rinda. Traería demasiadas complicaciones —contestó Drek—. Pero ustedes ya saben que les queda una salida, conveniente para ambos.

El asiático y el intérprete se miraron.

—Aceptamos —dijo el intérprete—. Hay un pesquero aguardando a la señorita…

Yorie no parecía entender nada. Ni cuando salió a cubierta tuvo idea de que iba a ser trasladada de embarcación.

Cuando ya el pesquero se encontraba dispuesto para recibirla, Yorie advirtió que él se quedaba.

—¿Qué ocurre? ¿Qué trato ha hecho con esta gente?

—Despejarles la ruta a cambio de que la dejen a salvo.

—¿Se queda en el sumergible?

—Es la única garantía que he podido darles.

—¡Algo más habrá hecho que quedar como rehén! Les habrá prometido informes sobre los nuevos aviones… ¿No es cierto?

Hincaba los ojos en los de Drek, muy pegada a él.

—¿No le parece bien?

—¡No! ¡Eso es lo más indigno!…

—¿Entonces… prefiere quedarse y seguir nuestra suerte?

Ella seguía arrimándose a él. Drek la estrechó contra su pecho, besándola en la boca.

—Sólo por esto valía la pena sacrificarse —dijo Drek, en tono de broma, en el momento en que iba a soltarla.

Sintió algo en la cintura. Una mano de Yorie acababa de enfilarle la pistola que guardaba desde que abandonaron la lancha.

Drek no la necesitaba, pero agradeció este rasgo, y volvió a besarla.

—El comandante me ha notificado que toda la Prensa habla de su desaparición… Va a encontrarse con una expectación mayor de la que usted ha podido soñar nunca. No hable hasta encontrarse con su padre. Él ya le indicará lo que tiene que decir a la Prensa…

—¡Diré la verdad! ¡Que este submarino de piratas!…

Del pesquero dieron señales de impaciencia. Una pequeña lancha aguardaba pegada al sumergible.

El comandante dio una voz, y el intérprete se acercó a la pareja.

—¡No esperamos más!

Drek cogió en brazos a Yorie y la colocó en la lancha. Por medio de cables fue acercándose al pesquero.

El comandante del submarino dio orden de dejar despejada la cubierta. En el pesquero, por dos veces una luz se había trasladado de proa a popa.

Era una señal que Drek esperaba: pesquero armado, con hombres dispuestos a todo.

Pero lo que Drek precisaba en aquellos momentos era que recogieran a Yorie y crearan la confusión. El comandante del submarino, con su orden de despejar la cubierta para sumergirse, iba a hacer imposible que se crease el caso que necesitaba.

Fue entonces cuando Drek decidió utilizar el arma que Yorie le había confiado. Se puso a disparar al aire, en el momento en que del submarino soltaban el cable que había utilizado la lancha.

Los marinos que lo estaban soltando se precipitaron a la escotilla, para resguardarse.

Drek saltó al agua, agarrado a la cuerda, y sumergiéndose. La lancha en que iba Yorie se hallaba ya junto al pesquero.

Pareció que los tripulantes del pesquero no estuviesen esperando otra cosa que las llamaradas de la pistola, para entonces desatar una orgía de fuego.

Habían visto a un hombre saltar al agua. Yorie gritó a los de la lancha que era Drek.

—¡Resguárdese! —le aconsejó uno de los que iban en la barca.

El otro, de pie en el centro de la pequeña embarcación, levantó un fusil ametrallador, y prorrumpieron varias ráfagas, barriendo la cubierta del submarino.

También desde el pesquero disparaban. Dispusieron de unos minutos durante los cuales el sumergible permaneció mudo, maniobrando para cerrar su caparazón y hundirse.

Yorie ya se encontraba a bordo del pesquero. Drek, agarrado al cable, gritó a los de la nave que maniobraran sin ocuparse de él, antes de que el sumergible pusiese en acción sus armas.

Pero a bordo del pesquero iba personal disciplinado, avezado a los mayores riesgos. La nave se estuvo quieta, hasta que Drek fue izado.

Entonces emprendió la marcha, trazando grandes zigzags, y las armas enmudecieron, para no revelar la posición.

Para Yorie era una sorpresa tras de otra. Una de tantas fue encontrar a bordo gente que se desenvolvía como en el barco de guerra donde rigiesen las más severas ordenanzas.

Pronto la indumentaria de aquellos hombres dejó de tener para Yorie el valor que representaban, de meros pescadores. En realidad, eran elementos de la Marina Norteamericana.

Mientras se alejaban de la zona del submarino, a toda máquina, en la cabina del capitán se efectuó una conferencia.

Yorie no estuvo presente en los primeros momentos. Con el capitán del «pesquero» había otro hombre, de más edad, delgado, muy pronto a la cólera.

Al entrar Drek, su salutación fue:

—¡Bienvenido el arma zafarranchos!…

—Hola, inspector —Drek no pareció muy contento de tener tan cerca a un elemento del F.B.I.

Con más agrado saludó al capitán del «pesquero». El inspector Snead se dio cuenta de esta diferencia, y se puso a toser, en un acceso de cólera.

—¡Sólo falta que ahora se haga el ofendido, Carvel! ¡Sólo falta eso!… ¿Sabe lo que su idea ha desencadenado? ¡Los periódicos de todo el mundo están ocupándose de este asunto!…

—Eso es bueno —contestó Drek.

—Ah, ¿sí? ¡Estamos al borde de un conflicto internacional!

—¿Por qué? ¿Es que hay alguna potencia que se declara propietaria del submarino?

—¡No! ¡Eso no lo hará ningún país! Pero para todos está claro de dónde procede.

—Pues para mí, y creo que también para la señorita Karby, la procedencia de ese submarino sigue siendo un enigma. A bordo del sumergible hay muchas razas, y se hablan muchos idiomas…

—¡Tonterías!

Drek se encogió de hombros.

—Pues yo confieso mi ignorancia. ¿Es Rusia?… ¿Es China?…

—¿Usted espera que oficialmente?… —empezó el inspector, en tono sardónico.

—No, señor. Precisamente porque sabía que se trataba de un

submarino que nadie reconocería, lo escogí para la prueba —y dirigiéndose al marino—: ¿Todo marcha en orden?

—Sin el menor fallo. ¿Qué impresión ha producido en el sumergible, verse localizados a cada momento?

De desconcierto. Pero han pensado que era debido a que teniendo a bordo a la señorita Karby, se ha recurrido a todos los medios de nuestro país para lanzarse en su persecución. Por eso aceptaron enseguida mi oferta de quedarme yo como rehén…

El inspector no estaba dispuesto a verse desplazado de la conversación y dio con los puños sobre la mesa.

—¡Su fuga ha sido lo más estúpido y lo más afortunado que he presenciado en mi vida!…

—No, inspector. En realidad deseaban que me marchara. Cuando liquidaron a Joey, ya consideraban esta operación demasiado comprometida. ¿Detuvieron ustedes a Hawley?

—Hawley apareció muerto en la escollera. Había otros dos individuos, muertos también… Cuando ustedes salieron con la lancha, algunos de mis agentes se enzarzaron a tiros con Hawley y los dos que le acompañaban.

Drek puso un gesto sombrío. Ahora le tocaba a él mirar con encono al inspector.

—¡Con los pies en tierra, y pierden los nervios!…

Era una torpeza que el inspector Snead ya había censurado. Por eso hablaba atacando a Drek, queriendo anticiparse a sus críticas.

Y para ello nada mejor que aturdirlo con el gran problema que había creado, al arrastrar consigo a Yorie Karby.

—¡Mis agentes perdieron los nervios, y la cabeza, y hasta el resuello perderemos todos!…

Su enjuto rostro, cruzado de arrugas, comenzó a hincharse.

—¡Sólo un loco ha podido hacer lo que usted ha hecho, Carvel!

Dio unas cuantas zancadas. El espacio que quedaba en la cabina era muy reducido para pasear y a las dos vueltas se cansó.

—Hasta el momento de comprobarlo, creí que era una mala interpretación de mis agentes. ¡Pero qué va!… Usted bonitamente saca a la señorita Karby, la mete en la lancha, ¡y a navegar!…

Drek dejó de prestarle atención, preocupado por otra cosa. Mirando al capitán, preguntó:

—¿Qué rumbo seguimos?

—Hacia la costa a toda máquina —contestó el marino.
—¿Cuándo llegaremos?
—Al amanecer.
—Supongo que la persecución seguirá según el plan acordado…
—No tengo ninguna noticia en contra.
El inspector volvió otra vez a requerir la atención de Drek.
—¡Olvídese de ese condenado submarino y preocúpese de los problemas que le esperan en tierra!… Samuel Karby va a dejarse caer con todo el peso de su influencia y de su dinero, contra usted y contra el departamento de contraespionaje. Me temo que este asunto se lleve al Congreso…
—¿Y de qué se queja el señor Karby? Yo no tengo la culpa de que su hija llamara la atención de los espías.
—¡Por cien mil diablos!… ¡También llamó la atención de usted, cuando se fingió «aviador»!…
—Me encontraba cerca de la lancha de la señorita Yorie cuando ella decidió rescatar a los tripulantes del aparato accidentado… Salieron muchas lanchas y yo tenía una con el motor en marcha. ¿Por qué perder esa oportunidad?
—¿Qué oportunidad ni qué ocho cuartos? Tan pronto ella averiguara que usted fue un farsante, iba a ponerse en contra…
—Todavía no lo ha averiguado. Y ya que me acompañó.
—¡De muy buen grado!… ¡Sí, Carvel!… ¡Muy contenta de seguirlo!… Y es usted tan listo, que sale sin dejar «huella»… ¡La maldita lancha! ¿Por qué no la hundió?
Drek pensó en el aparato registrador de sonidos que él mismo instaló en la lancha de Yorie.
—Yo debía dejar constancia de lo que ocurría… ¿Se recogió bien todo cuanto sucedió a bordo?
—¡Estupendamente!…
—¿También la sensación del submarino?
—¡También, Carvel!… Supo instalar el micrófono que la situación requería, no se preocupe. Todo se recogió a las mil maravillas. ¡Todo! ¡Y a fe que hay diálogos que al señor Karby le han gustado mucho, cuando ha podido apreciar que su hija le seguía por su propia voluntad!…
Creyendo que lo había apabullado, hizo una pausa, para recrearse en el apuro de Drek. Pero éste permanecía con la mayor

serenidad.

—Lo que en tierra ocurra creo que no es lo más importante, inspector…

—Ah, ¿no?

—Por lo que a la señorita Karby se refiere, ella ya estaba metida en el juego cuando yo intervine. Yo no hice más que agregarme a la comitiva.

El inspector Snead empezó a hincharse, como un salvavidas. Las arrugas iban desapareciendo. Miraba al capitán, pidiendo su opinión. Pero el marino no parecía dispuesto a intervenir en cuestiones de «tierra».

—¡Bien! ¡Estupendamente bien!… ¡Ahora haremos que intervenga la señorita Karby!… —gritó Snead.

—Es lo que iba a pedirle —manifestó Drek.

—Yo la llamaré —se ofreció el capitán, que aprovechó el momento para escabullirse.

Ya no volvió. En realidad tenía trabajo fuera. La nave iba a toda marcha, en plena noche, en busca de la costa, virando un poco hacia el Norte.

Ni Drek ni el inspector habían tenido hasta aquel momento ocasión de ver a Yorie con aquel traje de marinero, que le sentaba graciosamente.

Los dos hombres quedaron unos instantes como no sabiendo qué decir. «Me gusta más así», pensaba Drek. Ya no le veía el gesto de picardía y descaro que recordaba de la villa, la noche de la salida.

Yorie estaba algo pálida, con una leve tensión de músculos. Se la veía haciendo esfuerzos por conservar la calma.

—Siéntese, haga el favor. Usted querría descansar… pedir descanso en estas circunstancias, es demasiado…

—Desde luego, inspector —contestó Yorie, dando así prueba de que conocía su condición de policía—. Pero el capitán me ha dicho que amaneciendo avistaremos la costa… He mandado un radiograma a mi padre. Y perdonen que no les haya pedido permiso —concluyó, mirando con ironía al inspector y a Drek.

La muchacha y Snead se sentaron en torno a la pequeña mesa. Drek siguió en un extremo de la cabina.

—En primer lugar, señorita Karby, quería saber si usted no advirtió nada sospechoso en su amigo Joey, antes de aquella

noche…

Era la pregunta que Yorie esperaba. Y dijo, sin dejar que el policía terminara:

—En primer lugar… dejemos sentado que yo no podía sospechar que los jóvenes que alternaban conmigo fuese por cuestiones de espionaje.

—Desde luego, señorita Karby —se apresuró a comentar el inspector, queriendo ganársela a toda costa—. Es usted increíblemente bonita, para que nadie piense que un hombre se le acerca con otro fin que admirarla…

—Déjeme terminar, inspector: Nunca hasta ahora me había pedido cuentas nadie de mis relaciones. Papá jamás lo ha hecho. ¿Es de precepto que usted lo haga ahora?

En los ojos de Drek brilló la burla. El inspector lo vio, porque fue a Drek a quien primero miró, apenas ella le soltó la ironía.

—¡Está bien, señorita Karby! Creí que estaba interesada en que se aclararan las cosas.

—¡Y lo estoy, inspector! ¡No tiene usted idea hasta qué extremo deseo que todas las cartas queden boca arriba!…

Se había levantado como impulsada por potentes muelles y alentando aceleradamente, miró a Drek, y al inspector, con la misma irritación.

—¡No cejaré hasta que este asunto llegue adonde deba llegar! —Siguió Yorie.

—Pero ¿es que usted duda de que yo desee que esto se esclarezca? —replicó el inspector, también irritado.

—No dudo que usted obre de buena fe… pero me temo que su «subordinado» le haya aplacado. Tiene muchos trucos…

—¿Quién, yo? —inquirió el inspector.

—Su «subordinado».

Y de la forma con que Yorie mordía el vocablo «subordinado», parecía más bien que mordía el fulminante de una granada de mano.

El policía miró de pasada a Drek y dijo, con sorna:

—Ah. Usted se refiere al señor Carvel… A propósito, ¿quiere aproximarse?

Drek dio unos pasos. Yorie se removió en el asiento, como si el hecho de que Drek se acercara le produjera desasosiego.

—¿Puedo preguntarle cómo conoció a nuestro brillante ingeniero?

La muchacha sonrió. Una sonrisa amarga, y al mismo tiempo llena de burla.

—Ignoraba que fuese ingeniero. Menos todavía, que fuese policía.

—No es precisamente policía —corrigió Snead, antes de que lo hiciera el propio interesado.

—No. Tal vez algo peor —dijo Yorie.

—¿Tal vez algo peor? ¿Cómo tiene considerados a los policías? —preguntó Snead, también revolviéndose en el asiento.

—Tan molestos como las hormigas.

—Hum… ¿Su padre ha utilizado alguna vez a algún policía para molestarla?

—A veces —confesó Yorie—. Pero no es por eso… Y ahora estoy pensando en los perros. Favorezca a uno y verá cómo mueve la cola, agradecido. Ayude a una persona, y le arañará… Eso es lo que ha hecho este «caballero» —lo decía por Drek.

El inspector Snead empezó a sentirse a gusto.

—¿Es que le hizo usted algún favor?

—Nada más salvarle la vida.

Y se quedó sería, segura del efecto que iba a producir. El inspector, efectivamente, puso unos ojos asombrados.

Pero Drek soltó la carcajada. Esta risa sonó en los oídos de Yorie como algo tan exasperante como las explosiones que oyó en el sumergible.

—¡Qué tontería! —exclamó Drek—. ¿Y usted alardea de conocer mis trucos?

Los pasos que antes había avanzado, los retrocedió, para prevenir cualquier salto de pantera que pudiera producirse.

—¿No se dio cuenta de que a unas cuantas brazadas de donde usted me recogió, había una lancha vacía? —preguntó Drek, recreándose en el brillo que temblaba en los bellos ojos glaucos—. Era la que utilicé, al salir detrás de usted.

Yorie al principio dio el efecto de no haber escuchado, atenta solamente a mirarle. De pronto se volvió, para dirigirse al inspector.

—¡Eso es absurdo!

—Pero es la verdad —dijo el policía—. Su padre ya está

informado…

Dejó una pausa, al advertir que el semblante de la muchacha se demudaba.

—No tema haber hecho el ridículo —dijo Drek—. Usted salvó a un aviador verdaderamente en apuros.

Con el gesto le indicó Yorie que no siguiera en ese tema. Y así que Drek hubo callado, preguntó:

—¿Por qué me escogió como víctima?

—¡Yo no la escogí!… Fueron sus mismos «amigos». Ese Joey giraba a su alrededor, instigado por la organización de espionaje a la que pertenecía. Usted sabe bailar, y sabe lucir su belleza… Usted se desvive porque a su alrededor haya focos y fotógrafos. ¿Por qué iba yo a torcer los planes de nuestros enemigos?

Siguió hablando, atacando tan pronto a los espías como haciendo mordaces alusiones a la conducta de Yorie.

El inspector empezó a dejarse llevar del aturdimiento que le producía aquella verbosidad. Hubo momento en que tuvo la impresión de que Drek le estaba disparando con ametralladora. Una ironía tras de otra, sin dejarla respirar. «¡Bien! Esta endemoniada coquetuela ha encontrado la horma de su zapato», pensó el inspector.

Pero en voz alta dijo:

—¡Un poco de compostura, señor ingeniero!

—Es el lenguaje que esta señorita entiende, inspector. ¿No quería las cartas boca arriba? Ahí las tiene…

—Es extraño —dijo el policía, súbitamente apagado—. Yo tenía la impresión, de la forma que los vi en la cubierta del submarino, que iban de acuerdo…

Aludía al efusivo abrazo. Y al beso, que pese a la poca luz y a la distancia, fue algo que se entrevió.

—Mientras corríamos el mismo peligro, permanecimos unidos —dijo Yorie. Y poniéndose de pie, con los ojos llameantes—: ¡De haber sabido que usted se proponía saltar del submarino… farsante del diablo…! ¡Me hizo creer que se quedaba como rehén!…

El inspector no estaba conforme con la protesta de Yorie. El policía sabía por qué Drek no podía quedarse a bordo del submarino. Por precisión tenía que saltar al agua, aunque pereciese ahogado.

Se quedó mirando a Drek, esperando que se defendiera. Pero éste se limitó a encogerse de hombros y a decir:

—Ni yo mismo sabía lo que debía hacer… Fue al darme la pistola…

Hizo efecto. Yorie se apaciguó un poco.

—Sobre esa pistola quería hablarle… Es la que usted me dio en la lancha. Cuando Joey la manejó, ¿no estaba cargada?

—Con un solo disparo —contestó Drek.

Yorie recordó el disparo que Joey hizo en dirección a Drek, cuando éste manejaba el timón.

—¿Y por qué dejó esa cápsula? ¡Pudo tirar a dar!…

—Había que correr el riesgo. Yo contaba con que Joey se ilusionaría con presentar en el submarino al «aviador» del aparato en pruebas…

Yorie se encaminó a la puerta, para salir. El inspector quiso aprovechar el instante en que ella todavía podía oírles, para preguntar:

—¿Cuándo puso usted la «rémora» al submarino sin que sospecharan?

—Cuando me lancé a «salvar» a Joey.

Yorie no pareció haber oído, tan ensimismada estaba. Salió de la cabina y se dirigió al departamento que le habían destinado.

Era muy incómodo. Aparte el movimiento de la nave hubiera impedido toda comodidad, aunque la cabina reuniese mejores condiciones.

Se tumbó en la litera y con los ojos abiertos permaneció un rato, tratando de poner orden en sus ideas. Muy cerca quedaba la cabina del radio. Toda la noche estuvo el aparato funcionando.

En una cabina contigua a la de Yorie, se encontraba la de Drek. Al rato de haberse retirado la muchacha, oyó la voz del capitán y la de Drek, en el estrecho pasillo.

Yorie se levantó para oírlas mejor, pegando la cara a la puerta.

—Todas las noticias que se reciben confirman que la «rémora» funciona como en el primer momento —dijo el marino.

—¡Menos mal! —contestó Drek—. Hay que destruirla antes de que se agoten las pilas y el submarino se nos escape…

Yorie se retiró a la litera, aturdida, tratando de recordar todos los detalles de cuando Drek se lanzó de la lancha con el pretexto de

salvar a Joey.

El primer detalle que apareció fue el desesperante minuto en que Drek estuvo sumergido, como no pudiendo sostenerse a flote…

Apretó los dientes, para no gritar. Mentalmente dijo Yorie:

—¡Miente más que respira!…

CAPÍTULO IV

Cuando Yorie salió de la cabina, ya era de día. Al salir a cubierta advirtió que navegaban paralelos a la costa, hacia el Norte.

—En Coos Bay le espera un helicóptero… Su padre la aguarda en la villa —le explicó el inspector Snead.

A Yorie la extrañaba no ver a Drek en cubierta, pero no se decidía a preguntar por él.

El capitán apareció, llevando en las manos unos radiogramas. Parecía muy afectado.

—¿Qué? ¿Malas noticias? —inquirió el inspector.

—Vea. Los envía el mismo Carvel.

Al oír que Drek enviaba radiogramas al «pesquero» en el cual se encontraba ella, preguntó, vivamente afectada:

—Pero ¿Drek no se encuentra a bordo?

—No. Esta madrugada trasbordó a un hidro… Precisaba que él estuviese en el lugar donde el submarino dejase su última huella.

Según se desprendía de los radiogramas, la tripulación del submarino había abandonado la nave, pasando a un buque cuya nacionalidad se ignoraba.

Los buques de guerra habían estado siguiendo al submarino a distancia, formando un ancho cerco. Al advertir que lo seguían a pesar de haberse desembarazado de los rehenes, decidieron hundir el sumergible.

—Esto quiere decir mucho —comentó en inspector—. El buque que ha recogido a la tripulación puede ser cómplice del submarino, y haber recibido órdenes de su Gobierno para que borren todo rastro.

—Eso creo yo —dijo el marino.

El inspector Snead se seguía con la yema de un dedo un ramal de arrugas que tenía en una mejilla.

—Pero si del buque han advertido las señales de la «rémora» y

han dado el alerta a la tripulación, para que inspeccionen el casco del submarino…

—No creo —rechazó el capitán—. No han podido tener tiempo para encontrar la frecuencia con que emitía la «rémora».

Yorie se revolvía, acuciada por la impaciencia.

—Pero ¿de qué condenada «rémora» hablan?

El inspector y el marino se miraron.

—Su amigo Joey —dijo el policía—, tenía la misión de llevar a usted al submarino para que su padre se prestara a ciertas confidencias. Luego, al tener al alcance a Drek, pensó que podría facilitar informes sobre los nuevos aparatos, todavía en prueba. Y no sabía que antes sus propias narices, el ingeniero Carvel efectuaba una de las más audaces maniobras, colocando en la panza del submarino un dispositivo para emitir señales…

Los ojos de Yorie miraron desmesuradamente abiertos.

—¡Por eso nos localizaban!…

—Todo estaba convenido. Algunos cruceros que simulaban tomar parte en las maniobras de aquella noche, viraron tan pronto tuvieron la señal de la «rémora» de que permanecía adherida al submarino visitante.

Un marinero se acercó al grupo, llevando un radiograma. Saludó, según las ordenanzas y entregó el nuevo mensaje.

> «Actuación de los hombres rana. “RÉMORA” recuperada…»

El inspector soltó un respiro. Y se enjugó la frente de un sudor imaginario.

—¡Me alegro!… Porque el enemigo no haya podido hacerse con ese condenado aparato y porque el ingeniero Carvel ya va a tener bastante con los problemas que le esperan en tierra, para que tenga que cargar con una pifia tan grave como hubiera sido el colocar ese chisme en conocimiento de los extraños.

Yorie no sabía si alegrarse, permanecer indiferente o prorrumpir en exclamaciones de indignación, por haber intervenido a ciegas en una prueba de tanta importancia.

Optó por la ironía.

—Ese ingeniero que me reprochaba mi afán por la publicidad, veo que predica con el ejemplo. No ha podido utilizar una ocasión

más «secreta»…

—En cierto modo, Carvel tenía motivos para recurrir a un acto desesperado. La idea del transmisor hace tiempo que está en estudio. Hay varias versiones de la misma idea. Y Carvel dice: «Que se escoja una, pero que se lleve a la práctica, antes de que se nos adelante el enemigo». Y ahora ha dado el aldabonazo…

Los ojos de Yorie miraban duramente al inspector.

—¡Usted aprueba lo que ha hecho; llevarme a mí como señuelo!…

—¡Diablo, no, señorita Karby!… ¡Carvel nunca me dejó entrever que usted entraría en juego! ¡Él se quedaba en la lancha para desplazarla a usted, obligándola a regresar, mientras él se lanzaba a adherir el chisme a la quilla del submarino! ¡Pero el condenado no hizo eso! Y yo sé por qué…

Yorie, con el rostro encendido por el furor, se quedó esperando que el inspector terminara. Pero el policía, agarrado a la borda, clavaba la mirada en la espuma que dejaba la nave, obsesionado.

—¡Diga por qué lo hizo!… —pidió Yorie.

—Para tener la seguridad de que barcos de guerra, aviones, y todo el Estado mayor con el Gobierno incluido, permanecerían pendientes de ese chisme… Yendo usted como rehén, no había más remedio que fijarse.

Parecía que solamente fuera a quedar aquella gran mancha de aceite que las olas iban batiendo, haciéndola cada vez más tenue.

Mientras los barcos de guerra aguardaban a que los hombres rana terminaran su trabajo, barcos mercantes seguían su rumbo, sin detenerse a averiguar qué ocurría en aquella zona del Pacífico.

Lo mejor que podía ocurrir era no encontrar pruebas irrebatibles contra determinados países, para que la atmósfera internacional no se enrareciera más de lo que estaba.

Drek Carvel llegó al sitio donde se advertía el submarino hundido, con el tiempo preciso para tomar parte en la inspección que iban a efectuar los hombres rana.

La profundidad en que se encontraban los restos de la nave permitía el descenso de los hombres rana, incluso una permanencia lo suficiente larga para que la inspección resultase eficaz.

El equipo se dividió por parejas. Antes de descender, Drek dibujó la imagen de la «rémora» y el sitio de la quilla donde

pensaba que la dejó adherida.

Esto ayudó mucho. Media hora después de haber descendido, se vio la señal que daba por terminada la búsqueda. El aparato había sido localizado, aplastado contra un peñasco, y todavía adherido a un trozo de plancha.

Cuando Drek lo tuvo en sus manos, faltó poco para que besara el aplastado chisme.

En el crucero donde se encontraban los hombres rana se recibió un mensaje para Drek ordenándole que con toda urgencia se trasladara a los Ángeles.

Pudo haberse trasladado al hidroavión, que seguía esperando, pero Drek tenía algo más importante que hacer.

Desaparecido el submarino, y la tripulación camuflada en cualquier buque mercante que se dirigía con toda seguridad a puerto amigo o neutral, quedaba sobre el tapete el resultado obtenido con la prueba del aparato.

—¿No se marcha, señor Carvel? —le preguntó el comandante del crucero.

—Presiento que en los Ángeles no voy a tener tiempo de redactar un informe… Aquí, a la vista de estos restos, puedo hacerlo en muy poco tiempo. ¿Me permite que permanezca a bordo hasta que termine?

El marino sabía que aquel hombre se había arriesgado como pocos, y que continuaría haciéndolo, hasta que en determinados departamentos del Estado prestaran oídos, no a él, a Drek Carvel en concreto, sino a otros ingenieros que trabajaban en la misma idea, y que según Drek no eran escuchados con la atención que merecían.

El marino no podía negar esa ayuda a un hombre como Drek.

—Enciérrese en el camarote… Diremos que se siente indispuesto, por el descenso con los hombres rana…

—¡Gracias!…

Una hora más tarde Drek le confiaba al comandante unos papeles, donde iban fórmulas matemáticas, acompañadas de razonamientos.

—Guarde esto en la caja fuerte… No lo entregue a nadie, mientras no tenga noticias confirmadas de que he muerto…

—¡Señor Carvel! ¿Está de broma?

Pero Drek, ni lo tomaba a bulla ni mantenía un gesto dramático.

Su expresión era natural, serena, pero que no rehuía la realidad.

—Tan pronto toque tierra, todo un avispero se echará sobre mí. Guarde esos papeles, y a nadie le diga que se los he confiado. Si en tierra me dan tiempo, ya le haré saber lo que deberá hacer con ellos.

Cuando Drek iba a trasladarse al portaviones que los había alcanzado a la media hora de haber roto el círculo de vigilancia, emprendiendo todas las unidades rumbo Norte, el comandante le preguntó:

—¿Se lleva eso?

Señaló los restos de la «rémora». La respuesta de Drek fue echarlas al mar.

—Así tendrán que autorizarme a que construya otra, si quieren verla con más «relieve» que está sobre el papel…

En Los Ángeles permaneció toda una noche, en la habitación de un hotel, rigurosamente custodiado contra periodistas y curiosos. Uno de los agentes que lo acompañó desde el aeródromo le facilitó un gran número de periódicos en los que a grandes titulares se hablaba del «misterioso submarino».

Al día siguiente, en el momento en que se disponía a desayunar en su habitación, fue visitado por dos personajes recién llegados de Washington.

Uno pertenecía al comité de servicios armados del Senado.

Después de escuchar a Drek, sobre lo ocurrido desde la noche del embarque en el submarino, el más viejo de los dos personajes, el senador Druce, antiguo adversario en política del padre de Yorie, dijo:

—Hasta ahora no había visto a nadie que con más despreocupación se pusiera a jugar al póker utilizando como mesa un barril de pólvora. Señor Carvel: Usted es un caso.

Y por la expresión de la cara no se podía deducir si lo celebraba, o lo consideraba un loco peligroso.

—Ese submarino fantasma no ha existido nunca —dijo el otro personaje—. Todo va a quedar reducido a un motivo de Prensa, durante el verano.

—¿Qué no ha existido? —preguntó Drek.

—No. Ya se han circulado órdenes a los barcos que han intervenido para que esto se considere una operación más de las

maniobras de estos días —manifestó el senador Druce.

El otro personaje añadió:

—Pertenezco al servicio de inteligencia… Soy el coronel Henke. Vamos a trasladarnos a la villa de Samuel Karby. En el trayecto, confío en que usted y yo lleguemos a un completo acuerdo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la versión que hay que dar de este hecho? —preguntó Drek, al parecer divertido—: Ya creo que hemos llegado a un acuerdo: el submarino «no ha existido».

—No es sólo eso. La Prensa dejará pronto de hablar de ese asunto, porque no tendrá base sobre qué apoyarse… El acuerdo a que debemos llegar se refiere al servicio de contraespionaje. Aquella noche, en la escollera, cuando ustedes salieron en la lancha, ocurrieron cosas muy extrañas. Se produjeron disparos que el inspector Snead es el primero en no explicarse. El resultado fue que los tres eslabones que teníamos en tierra, Hawley y dos de sus ayudantes, aparecieron muertos. La cadena ha quedado rota… ¿Por qué sonríe?

—Me burlo de mí mismo, coronel. Cuando en el submarino aceptaron mi propuesta de dejar salir a la hija del señor Karby, yo me sentí halagado pensando que mi maniobra era lo que los había metido en un callejón sin salida.

El senador y el coronel se miraron, extrañados de la duda que encerraban las palabras de Drek.

—¿Es que no fue así? —preguntó el coronel.

—No. Yo creo que fueron los mismos espías los que dieron marcha atrás, por algo que en tierra ha debido fallar. Ellos ordenaron al submarino que se sacudiese la «carga» de forma que en nuestro país no quedasen motivos graves que vengar… Tal como ha quedado esto, parece una victoria nuestra.

—¿Y no lo es?

—Usted acaba de reconocer que la cadena ha quedado rota.

—Cierto. Pero usted va a constituir el cebo para que la soldadura se produzca.

Un rato después, ya en pleno vuelo hacia Oregón, el coronel le preguntó si habían informado a la Marina sobre las características del submarino.

—Sí. Antes de examinar los restos ya tenían la impresión de que se trataba de un submarino viejo, seguramente capturado a los

nazis…

El senador Druce permaneció callado hasta que faltó poco para aterrizar.

—Señor Carvel: Le prevengo que tanto usted como yo, vamos a ser recibidos en la villa del señor Karby, como pueden acogerse a dos apestados. Karby y yo somos viejos contrincantes, en política y en negocios. Mi cargo en el comité de servicios armados me obliga a enfrentarme con él. He creído mejor ir a su villa, antes que citarlo en Washington, lo que produciría un gran regocijo en ciertos sectores de la Prensa.

El senador se pasó una mano por la frente y miró con ojos cansados la línea ondulante de la costa, erizada de rocas y pinos gigantes.

—Con esto quiero decirle que la cuestión personal no debe contar para nada —concluyó el senador.

Drek se echó a reír.

—¿Ya han hurgado en mi pasado, senador?

—¿Por qué lo supone?

—Hace tres años fui expulsado de una fábrica de tractores y motores de aviación en la que el señor Karby llevaba la voz cantante.

—Y sigue llevándola —dijo el coronel.

El senador miró al jefe del servicio de inteligencia.

—No me informó de ese detalle, coronel.

—No lo consideré importante. El señor Carvel fue despedido por rivalidades de oficio… Había otro ingeniero, muy bien aliado al señor Karby, que parece que temía las audacias de este joven…

—¿Qué ingeniero? —preguntó el senador.

—Speller… Ahora trabaja para otra Compañía.

—¿Cuál?

—La «Felk Motoring».

Los hombros del senador acusaron una sacudida. Sus ojos cansados adquirieron de pronto un inusitado vigor.

—¡La «Felk»! ¡Por dos veces la he vetado para que no se le conceda la fabricación de motores de los reactores de nuevo tipo!…

Se volvió, para mirar a Drek.

—¿Usted lo sabía? —preguntó, muy afectado.

—¿El qué?

—Que se encuentra en la «Felk» quien le metió la zancadilla.

—Claro… La prisa que he dado para que la «rémora» se pusiera a prueba se debe principalmente a que el ingeniero Speller estaba robando ideas a otros colegas…

—¿Y temía usted que se apropiase la originalidad de ese emisor de radio?

Drek sonrió, enigmático.

—Lo de menos era que quisiera lucirse con ideas de los demás. Yo mismo he utilizado experimentos de otros compañeros. Lo peligroso era que el Gobierno autorizar se a Speller la prosecución de los experimentos. Entonces, todos los que trabajamos en este asunto, nos hubiéramos visto obligados a darle cuenta de los resultados obtenidos.

El coronel y el senador lo miraban fijamente.

—¿Insinúa usted que Speller pudiera hacer mal uso de esos secretos? —preguntó el senador.

—¡Por favor, señores! —exclamó Drek, echándose a reír—. Tengan en cuenta que entre Speller y yo existe una vieja cuestión… Mis palabras pueden ser inspiradas por el rencor.

Con la mirada, el senador y el jefe del servicio de inteligencia se pusieron de acuerdo en no seguir presionando sobre ese tema. De momento debían conformarse con lo que Drek había expuesto.

Aterrizaron en Portland. Allí había dos coches esperándoles, enviados por Samuel Karby.

A media tarde entraban en la villa. Había algunos invitados.

Karby pretendía dar a su finca un aire de normalidad, como si nada de lo que estaba ocurriendo le afectara personalmente.

Multitud de periodistas merodeaban por los alrededores de la villa. En otras fincas cercanas, propiedad de políticos y hombres de negocios, seguían también con el animado aspecto de días anteriores.

Tácitamente habían llegado al acuerdo de no alterar el aire despreocupado de las vacaciones. No obstante, cada finca era un vivero de observadores, de gente que acechaba cualquier detalle del que pudieran sacar consecuencia que repercutiesen en las finanzas.

Al llegar los dos coches, Samuel Karby salió a la terraza de mármol. Era el prototipo del hombre acostumbrado a ser el impulsor de grandes empresas.

El rostro todavía joven, el cuerpo erguido, los cabellos grises, la mirada firme.

En un coche iba la custodia. En el otro, el senador, el coronel y Drek.

En el momento en que se disponían a bajar del coche, dijo el senador:

—Recuerde: Como dos apestados… ¿Le preocupa?

—En absoluto —contestó Drek. Y una pregunta que estuvo tentándole en todo el viaje, la hizo ahora, al coronel—: ¿La hija está aquí?

—¿Dónde había de estar? Su padre ha jurado convertirse en «rémora» de su endiablada hija —contestó el coronel, en tono jocoso.

Contando con que entre los macizos había observadores, procurando mantener una expresión despreocupada, alegre. Era lo mismo que hacía Samuel Karby.

El viejo rival político apenas inmutó a Karby. Pero al reparar en Drek, algo falló en un hombre que estaba acostumbrado a dominarse.

Los ojos claros de Samuel Karby parecieron, de pronto, soltar rayos. Su boca adquirió un trazo duro. Se le veía con las mandíbulas apretadas, como para impedir un chorro de improperios.

Esperó a que llegaran a la terraza. Drek procuró quedar rezagado, así se evitó tender la mano a Karby. Éste saludó al coronel y al senador. Luego extendió un brazo, invitándoles a entrar en la casa.

El coronel cogió de un brazo a Drek, como queriendo animarlo, creyéndolo abrumado. No lo conocía bien.

Pasaron a la biblioteca. Al cruzar varios salones, en todos vieron criados e invitados.

Pero Yorie no aparecía.

—Señores, he de confesar que esperaba una visita del Senado, pero no a ustedes —empezó Karby, apenas sentarse.

—Concretamente no me esperaba a mí —dijo el senador Druce.

—Exacto. Este asunto no quiero que se desenvuelva a puerta cerrada. De modo que pudo ahorrarse el viaje, Druce. En cuento a usted, coronel… Si viene con la esperanza de que yo le proporcione datos que faciliten su labor de información, siento decirle que no

puedo dárselos.

—¿Porque no dispone de ellos, o porque considera que no debe dármelos?

—Interprételo como mejor le parezca, coronel. Y no lo teme a descortesía. En cuanto al tercero de ustedes… —Se volvió de espaldas a Drek y con un pie restregó unos momentos, como matando un gusano—: Esto haría.

—Pero no lo hará. En primer lugar, porque en usted sólo hay fachada —dijo Drek, sin inmutarse.

Samuel Karby fue girando. El senador y el coronel miraban a Drek con el estupor que aquella mañana, en el hotel de Los Ángeles, le oyeron referir los sucesos del submarino.

—¿Usted a qué ha venido aquí?

—Me han traído.

Samuel Karby abrió una carpeta que había sobre la mesa y extrajo un pliego de papel. Lo pasó al jefe de información.

—Mire qué referencias me han enviado de una de mis fábricas donde este sujeto estuvo empleado.

El coronel lo leyó y se lo pasó al senador.

—Nada nuevo. Lo conocíamos —dijo el senador.

—¡Fue por el despido por lo que este hombre ha querido utilizar a mi hija en la más indigna acción que ha podido cometer el rufián más rufián!

Drek se había cruzado de brazos.

—No tire mucha arena, por si le toca recogerla. ¿Su hija va a tomar parte en la conferencia?

—¿Mi hija? ¡No lo espere!

Drek se levantó.

—En ese caso, yo me marcho. —Y mirando al coronel—: Porque supongo que no estoy detenido.

—No. Pero no le conviene ir solo.

—Voy a la escollera. Allí les espero.

Llevaba pistola, que el mismo inspector Snead le proporcionó a bordo del «pesquero».

—¡Sea usted sensato, Drek! —dijo el senador—. El señor Karby está ofuscado y será el primero en pedirle disculpas.

—A mí no me afecta nada lo que este señor pueda decir. Lo que yo digo es que si no ha de estar presente su hija, sobro aquí.

Y salió de la biblioteca. Siguió un silencio.

—Tendrá que forzar la puerta, porque mis criados tenían orden de cerrar —profirió Karby, no sabiendo cómo romper el silencio en que habían quedado.

El senador Druce sacó un sobre cerrado y se lo ofreció a Karby. Llevaba el membrete de la Secretaría de Defensa.

Samuel Karby acusó en el gesto la sorpresa que le producía el membrete y abrió el sobre. Era una carta de puño y letra de una de las personalidades de la Casa Blanca, dirigida a él, rogándole que atendiera los consejos del portador, el senador Druce.

Después que la hubo leído se quedó mirando a los dos.

—Y bien, ¿qué consejos son ésos?

—Que relegue a segundo término toda cuestión personal y que mire solamente el bien del país. Estamos rodeados de enemigos. Algunos están infiltrados en altos cargos —dijo el senador.

—Veamos, ¿se sospecha de mí? —preguntó, sardónico.

—Nadie está libre de sospechas, señor Karby —contestó el coronel, suavizando lo dicho con una sonrisa—. Muchos de los que frecuentan esta villa están comprometidos en negocios que en nada benefician al país. La noche en que fue secuestrada su hija, Hawley había sido invitado por usted a conferenciar en esta misma biblioteca.

—Es verdad. Pero Hawley se escabulló sin que nadie de los reunidos lo advirtiéramos. El que apareciera al día siguiente muerto en la escollera, nos confundió a todos.

—Oiga, Karby —dijo el senador, levantándose, acercándose a él sin ceremonias, en plan de intimidad—. Tenemos la seguridad de que «alguien» que sí estuvo en la conferencia hasta que usted la dio por terminada…

—Cuando empezó el ensayo de alarma, dimos por terminada la reunión —refirió Karby.

—Pues bien, entonces salió de aquí para disponer el exterminio de Hawley y los dos que le acompañaban. ¿Terminaron de tratar lo que motivó esa reunión?

—No. Apenas quedó esbozado…

—¿Puede revelarnos sobre qué trataron? —preguntó el coronel.

Samuel Karby se sentó y miró fugazmente al senador, como azorado.

—Puede decirlo, Karby —lo animó Druce—. Yo estoy enterado.

—La conferencia iba a basarse sobre conjeturas acerca del nuevo plan de Defensa. Teníamos ciertas referencias sobre determinadas armas que iban a dejar de fabricarse, para dar paso a la preparación de cohetes… y determinados aviones… No tiene nada de particular que los que manejamos empresas en las que figura la fabricación de armamento, estemos enterados de cómo se «respira» en los Departamentos oficiales.

El coronel no hizo caso del azoramiento de Karby.

—Dígame, por favor, qué pretendían en esa reunión.

—Fusionar dos empresas de motores, antes de que el Gobierno diera a conocer el plan de Defensa.

—¿Con qué Compañía pensaba usted fusionarse?

—Con la «Felk Motoring».

—¿Cree usted que la «Felk» hubiera accedido?

—¡Cómo no! —exclamó Karby, súbitamente recuperado—. ¡Nos están persiguiendo desde años para que nos fusionemos!

—¿Había alguien de la «Felk» aquí, aquella noche?

—Es posible. Pero no se dio a conocer como tal. Aquí sólo podíamos reunirnos los accionistas de mi Compañía. Después que acordáramos parlamentar con la «Felk» hubiéramos concertado una conferencia con ellos.

Llamaron en la puerta de la biblioteca. Karby autorizó la entrada. Al ver a un criado, se volvió a mirar al coronel y al senador.

—Vendrá a decirme que ese mastuerzo exige que le abran la puerta. ¿Importa que esté presente? Si interesa, estoy dispuesto a decirle a mi hija que baje.

El senador se levantó, muy animado.

—¡Karby! ¡Me congratula verle en esa actitud! En cuanto a ese muchacho…

Pero el criado le había hecho una seña a Karby, indicándole que era urgente lo que tenía que decirle, y fue a su encuentro.

Al momento, Samuel Karby se volvió, con la faz roja, los ojos echando fuego.

—¿Saben? ¡Se ha descolgado por un balcón!

Pero eso no era todo. Lo que el criado no se atrevió a decirle era que apenas Drek cruzó el jardín, por el mismo sitio que se descolgó

él, bajó Yorie, con pantalones de trazo varonil y jersey, tal como solía vestir cuando se dirigía a la escollera donde guardaba la lancha.

Y se fue tras de él, sin hacer caso de la expectación que despertaban entre los invitados y curiosos.

Yorie lo había visto llegar en el coche en que iban el senador y el coronel Henke. La muchacha confiaba en que su padre la llamaría para que tomara parte en la entrevista.

Pero se encontró con que Drek salía por el mismo sitio que la noche de la fiesta.

Esto podía ser tanto una burla a los Karby como un modo de advertir a Yorie que, como la noche aquélla, se encaminaba al sitio en que estaba la lancha. Y en este sentido lo interpretó ella.

CAPÍTULO V

A Drek no le preocupó averiguar si se dirigía a un agente o a un mero curioso, de los muchos que había en la escollera.

—¿Dónde encontraron a tres hombres muertos?

—Eso ocurrió hace días. Allí los hallaron —contestó un joven con gafas de sol.

Señaló a los bloques de roca que formaban una pequeña ensenada, en la que se encontraba la lancha de Yorie.

Drek dio las gracias y se fue hacia el pequeño embarcadero, que pertenecía a la villa de los Karby. Para entrar tuvo que saltar una verja de hierro.

Pudo haber entrado yendo por el sendero que partía del jardín, pero así hubiera tenido que cruzar una floresta que le inspiraba poca confianza.

Después de salvar la verja saltó de un peñasco a otro, bordeando el agua, y cuando llegó al sitio donde estaba amarrada la lancha, saltó a bordo.

La cabina estaba cerrada con dos candados, cada uno asegurando una cadena. Drek, después de tantear los candados se tumbó en cubierta, utilizando la cabina para ampararse del fuerte viento.

—Cuando colocaron estos candados se les olvidó entregarle las llaves —dijo Yorie, plantada a los pies de Drek.

Había saltado a bordo sin que la lancha acusase su peso. El viento le aplastaba el jersey, moldeándole el busto, y la cabellera se soltaba a un lado en una llama de oro.

—¿Las trae usted? —preguntó él, después de permanecer unos instantes contemplándola, las manos bajo la cabeza, a modo de almohada.

—Sí. ¿Las quiere?

Y antes de que él contestara, las sacó de un bolsillo y se las tiró

encima del pecho.

No parecía estar fingiendo. Verdaderamente diríase que la presencia de Drek en su lancha no la molestaba.

—Supongo que la lancha se encuentra en condiciones para salir.

—Sí. El inspector Snead se ha encargado esta mañana de dejarla lista. ¿Se lo encargó usted?

Drek asintió. En la posición en que él estaba, no podía ver si desde la escollera los estaban espiando.

—Regrese a la casa. Yo he de esperar a que oscurezca —dijo Drek.

Yorie hizo un gesto de alarma.

—¡Es una temeridad estúpida! Algunos que nos están mirando ahora no vacilarán en agredirle, tan pronto oscurezca.

—¿Qué le hace suponer que tengo cerca esa clase de enemigos?

—¡Papá me ha informado de quién es usted! ¡Fue despedido de nuestra fábrica por una disputa con uno de nuestros ingenieros! ¡Speller! ¡Y se encuentra en la villa vecina!

Drek se incorporó hasta quedar sentado. Cruzó los brazos sobre las rodillas, mirando a Yorie. Ella seguía de pie, con las manos en los bolsillos, satisfecha de haber hecho efecto con su noticia.

—¿En qué villa? —preguntó Drek.

—En la situada al norte de la nuestra, la del señor Gelbert.

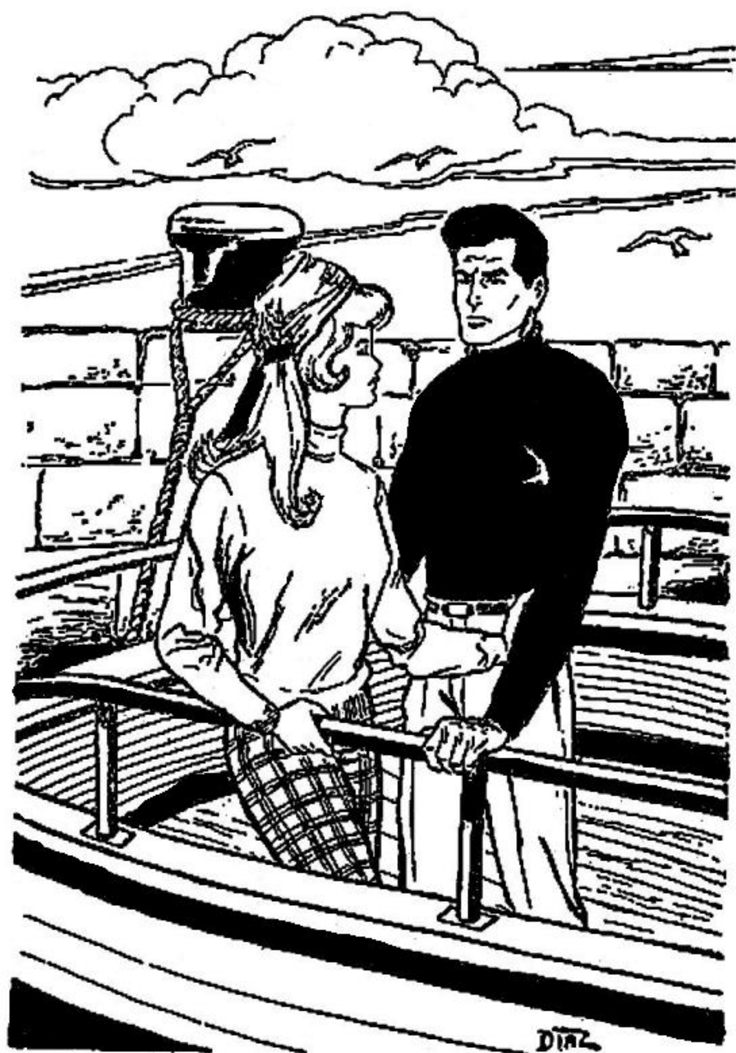
—¿Su padre lo sabe?

—No sé. Él nada me ha dicho cuando me informó de lo que ocurrió a usted en nuestra fábrica. Yo sé que Speller está aquí porque me lo ha dicho el inspector Snead.

—Parece que han quedado amigos usted y el inspector —observó con ironía.

—Hemos convenido en ayudamos mutuamente. Si me encuentro aquí ahora es porque sigo sus instrucciones. El inspector me recomendó que si usted se acercaba a la lancha, que yo no pusiera dificultades. Si ha de salir, ¿por qué no lo hace a plena luz?

—He de manipular sumergido debajo de esta lancha sin testigos.



—He de manipular sumergido debajo de esta lancha

—En la cabina dispone de un equipo completo para sumergirse. Mientras usted se equipa, yo llevaré el rumbo. En unos minutos nos colocaremos al abrigo de unos acantilados donde es imposible que nos vean. ¿De acuerdo?

Hablando, los ojos claros se le llenaban de luz, avivados por la

idea de una tarea en la que podía haber riesgo.

—De acuerdo.

Abrieron la cabina y Drek descendió por la escalerilla adonde estaba el compartimiento que servía de depósito de vituallas. Vibró el motor, y al momento la lancha zarpó.

—Cuando crea que no nos pueden ver, deténgase —dijo Drek, mientras se equipaba para sumergirse.

Estaba satisfecho porque tanto el inspector Snead, como Yorie, se prestaban a secundarle, permaneciendo en una discreta penumbra, que era lo que Drek más precisaba en aquellas circunstancias: parecer que se desenvolvía por impulsos espontáneos, sin un plan meditado.

Cuando la lancha se detuvo, Yorie asomó la cabeza.

—Cuando quiera. Es imposible que le vean.

Con los tanques a la espalda y la mascarilla en la cabeza, Drek salió a cubierta y quedó absorto contemplando las inmensas moles de roca que formaban unas monstruosas fauces apresando un trozo de mar.

Eran murallas cortadas verticalmente y en las cimas había cuchillas que sólo los pájaros podían alcanzar.

El agua allí era muy profunda y quieta, de gran transparencia.

—¡Soberbio escondite! —exclamó Drek, viendo unos tajos horizontales en los paredones, casi al nivel del agua—. ¿Ha explorado esas cuevas?

Yorie se echó a reír, un poco confusa.

—Siempre me han tentado, pero aún no he tenido el valor de hacerlo.

—¿Es que viene sola?

—Ésta es la primera vez que vengo acompañada.

Drek se sumergió. Mientras él manipulaba en la quilla de la lancha, Yorie se quitó el jersey y los pantalones y quedó en traje de baño.

Bajó a la cámara y al momento subió teniendo en la frente la mascarilla de cristal. Iba a lanzarse, cuando divisó una canoa, en la que iba un hombre de pie, con unos prismáticos encarados hacia ellos.

Había otros dos hombres, sentados. Yorie se quedó mirándolos. La canoa amainó y fue virando hasta quedar con la proa encarada a

la lancha.

Yorie se sumergió, sin cuidarse de ponerse la mascarilla. Era una formidable nadadora.

Llegó a donde estaba Drek, atornillando una plancha que hacía unos momentos había quitado, para extraer unos tubos que ahora guardaba enfilados en el cinto del cual pendía un cuchillo.

Le tocó en un brazo y señaló arriba. Drek comprendió que algo ocurría y asintió con movimientos de cabeza y de una mano.

Le indicó a Yorie que se quedara a un lado de la lancha, en la parte donde podían verla. Ella entendió la maniobra, y al momento emergió, braceando como si nada anormal hubiese advertido.

La canoa seguía acercándose. Drek se había desprendido de los depósitos de aire y de la mascarilla y al amparo de la cabina, se deslizaba sobre cubierta, a rastras.

Desapareció en la cámara. Allí dejó los tubos. Y mentalmente dio las gracias al inspector Snead por la atención que tuvo en dejar bajo un rollo de cuerdas, una pistola ametralladora.

Yorie seguía nadando, pero sin separarse mucho de la lancha. El individuo de los prismáticos ahora se hallaba sentado, con los otros dos.

Se notaba que querían acercarse al máximo sin inspirar demasiada desconfianza. Pensaban en que serían tomados por agentes, o meros veraneantes.

Pero acechaban el instante en que apareciese Drek. Éste lo presentía. Lo mismo que Yorie.

El ruido de la canoa sirvió a Drek el poder dar instrucciones a Yorie.

—¡Ahora!

Al dar la voz, empezó a incorporarse, mientras Yorie se sumergía. De la canoa irrumpió una ráfaga.

Drek ya no estaba a la vista, pero desapareció dando el efecto de que era acribillado.

Dos de los que estaban en la canoa se pusieron de pie, disparando sobre la cubierta, y contra las burbujas que habían quedado en el sitio donde Yorie desapareció.

La canoa empezó a virar, para salir de las fauces de roca. Entonces. Drek saltó al extremo que quedaba más adelantado hacia el enemigo, y la pistola ametralladora empezó a puntear la canoa,

de proa a popa, y luego al revés.

Los dos que Drek vio caer al fondo de la canoa, no dieron aquel rebote por afán de dar más verismo a su caída. Era la muerte la que les derribaba de un manotazo.

El que manejaba el timón se estiró para no ofrecer blanco y aceleró, huyendo a la desesperada. Durante unos instantes, las murallas de roca estuvieron pasándose el eco de los disparos y el petardeo del motor.

Cuando Drek los vio en huida, corrió a un lado y otro de la lancha, buscando a Yorie, angustiado. La encontró nadando suavemente, en el extremo que quedaba más al interior de la ensenada.

Durante unos instantes, Drek quedó como hipnotizado, contemplándola dentro del agua. Ella se daba cuenta de la impresión que le producía y se recreó en las evoluciones, exponiendo la belleza de su cuerpo en elásticos y armoniosos movimientos, siguiendo el ritmo de una misteriosa música.

—¿Terminó aquí? —preguntó Yorie, sacando la cabeza del agua.

Drek le tendió los brazos y ella se agarró a sus manos. La izó suavemente. Al apoyar los diminutos pies en el borde de la lancha pareció resbalar.

Drek la sujetó de la cintura. Durante unos segundos, los cuerpos permanecieron tan unidos, que se comunicaban las más leves palpitaciones.

—¡Vístase! ¡Tenemos que regresar enseguida antes de que su padre tenga noticia de esto!

Ella, de pronto, quedó sería.

—Tiene usted razón. ¡Y yo le he aconsejado salir a plena luz! ¿Cómo iba a suponer…?

—No se preocupe. Esto dará materia al inspector Snead y al coronel Henke para entretenerse en estos lugares, sin peligro a aburrirse.

Yorie bajó a la cámara. Y al momento apareció con el pantalón y el jersey. Cuando bajó Drek, ella puso en marcha el motor.

Drek apareció llevando un pequeño envoltorio, que dejó cuidadosamente a un lado de la cabina.

—¿Querrá guardarme esto en su casa? Ni su padre debe saber que lo tiene.

—¿Es la «rémora»?

—Sí. Tiene ya las pilas agotadas. Dejé una en la lancha por si nos veíamos precisados a dirigirnos a alta mar, y nos quedábamos sin combustible…

Yorie se echó a reír.

—¡Y el majadero de Joey llevaba su paquete de bengalas! ¡Si él hubiera sabido lo que tenía bajo los pies! Oiga, Drek, abajo estaba usted atornillando una plancha.

—Sí. La que cubría las cavidades que hice dos noches antes de la salida.

—¡Hasta ese extremo manipuló en mi lancha! ¿Y cómo se las arregló con el submarino?

—La «rémora» que puse en el submarino se adhiere por sí misma. La tenía preparada bajo esta lancha. Medio minuto bastó para dirigirla a la quilla del submarino.

Ya habían salido de los paredones que parecían las proas de buques gigantes.

—Una vez más, me voy sin explorar las cuevas —comentó Yorie.

—Me ofrezco a acompañarla… para cuando la situación no sea tan propensa a testigos molestos como los de esta tarde.

—Le tomó la palabra. Aunque para entonces me temo que ninguno de los dos nos encontremos con humor para explorar estos lugares —dijo Yorie, súbitamente preocupada.

—¿Qué es lo que teme?

—Cuando pienso en el alarde de medios que hizo el enemigo para un mero secuestro, lo temo todo.

—¿Alarde? ¿Lo dice por el sumergible? Eso no tiene importancia. Si tuviéramos noticia de la cantidad de sumergibles que en estos momentos están cruzando los mares, acechándose unas potencias a otras, se horrorizaría. Por fortuna, en el mar no quedan las rodadas de los carros y uno puede imaginar que la pista está solitaria, esperando a uno.

—¡Mire!

Señalaba a la escollera. Allí se encontraban el padre de Yorie, el coronel Henke y el senador, aparte multitud de espectadores.

El inspector Snead y dos agentes tripulaban una lancha que a todo motor venía al encuentro de la pareja. Antes de que llegaran, Drek les gritó que persiguieran la canoa que pasó a toda marcha.

El inspector Snead negó con la cabeza. Y siguieron hasta que las dos embarcaciones quedaron juntas.

—Esa canoa no irá lejos —dijo el inspector, así que Drek le hubo informado—. Conviene esperar a que dejen rastro. En cuanto a usted, señorita Karby, no era esto lo que yo le había pedido. Si su padre se entera que es por culpa mía por lo que usted se ha arriesgado…

—Usted no tiene ninguna responsabilidad en esto —contestó Yorie—. Yo quería entregarle las llaves a Drek. Pero no me dio tiempo en casa. Escapó por un balcón.

El padre de Yorie había llegado a dos conclusiones: una era pegarle fuego a la lancha. La otra… Ésa no se atrevía a manifestarla al coronel y al senador. Se refería a Drek.

Era transigir demasiado declarar paladinamente que estaba dispuesto a tener a Drek como invitado preferido. Pero de alguna forma tenía que hacerlo, para sujetar a Yorie.

Ni ella misma se daba cuenta de la devoción que dedicaba a la acción de Drek. Cuando saltaron al embarcadero, Yorie se colocó ante su padre, y declaró:

—Hemos dado un pequeño paseo. Teníamos que cambiar impresiones.

—¿Y eso no pudo ser en casa? —Se quedó mirando a Drek, como haciéndolo responsable de todo.

Pero Drek estaba demasiado ocupado en cerrar la cabina con las dos cadenas y el candado, y luego, en recoger los paquetes que dejó en cubierta.

Uno de los envoltorios en el que se veía una mascarilla y unas aletas se lo dio a Yorie. Dentro iban los tubos que sacó de la quilla.

El senador y el coronel estuvieron unos momentos hablando con el inspector Snead.

—Si no quieres que demos por terminadas las vacaciones aquí, prométeme que no volverás a salir de la finca, como no sea acompañada por gente que merezca toda clase de garantía —rezongó Samuel Karby, ya camino de la casa.

Detrás iban Drek, el senador y el coronel. Snead y sus agentes se quedaron en el embarcadero. Los espectadores habían empezado a alejarse, temiendo que los policías los molestasen con preguntas.

—¡Y, desde luego, se terminó la lancha! ¡Voy a mandar que le

peguen fuego!

—¡No, papá! Algún día puede que la exhibas con orgullo. Esa lancha está contribuyendo a… —Se mordió la lengua y apretó contra su pecho el paquete en el que iban los valiosos tubos—. Bueno, está contribuyendo a que tu hija viva una de las etapas más interesantes en esta aburrida vida. ¿Comprendes, papá? Tú, enfrascado en tus empresas, no has podido darte cuenta de que yo me desesperaba de no tener nada que hacer.

—¿Y ahora sí tienes que hacer?

—¡Mucho! Escucha, papá. No debes culpar a Drek de nada.

—¡Claro! Incluso debo darle las gracias porque te utilizara como señuelo.

—Drek es un talento, con un estupendo fanatismo que lo arrolla todo con tal de que lo que le obsesiona siga adelante. Eso está bien, papá. Tú te has vanagloriado muchas veces de haber obrado así, en algunas de tus empresas.

Eso era verdad. La posición que Samuel Karby ocupaba en el mundo de los negocios, no era cuestión de suerte.

—¡No me compares con él! Un individuo que pudo evitar que te secuestraran…

—Y no lo hizo… y ahora me parece bien. Él corrió mi misma suerte. Yo era su garantía de que no lo abandonarían. Tú imagina si la policía y los mandos de la Marina que se comprometieron a secundarle, en el último momento hubieran sentido miedo, por la que se iba a armar. ¿Te das cuenta? Y hubieran hecho marcha atrás. Para eso estabas tú, con tu influencia y tus gritos —hablando se entusiasmaba—. ¡Una jugada estupenda, sí, papá, ahora lo reconozco!

Su padre la miró varias veces antes de contestar. Nunca la había visto con unos ojos tan luminosos, trasluciendo una fuerza que fluía de muy hondo.

Le gustaba que por fin su hija tuviera fe en algo. Muchas veces se había asustado ante la idea de que fuese un ser a la deriva, precisamente por lo resuelta que le había dado la vida.

—¡Pero ese condenado chisme…! ¿Puede saberse en qué consiste?

—Es secreto.

—¿También para mí?

—¿Y por qué no?

Samuel Karby escupió contra la floresta.

—¡Si todavía resultará que trabajo para el enemigo!

—Si tú no, puede que alguno de tus accionistas. Ya viste lo que nos resultó Hawley.

—¡Hawley era un «gángster»! Eso lo sabía yo y lo sabía la policía. Como otros que quedan en la Compañía. ¿Y qué? Las autoridades los toleran. ¿Por qué iba yo a hilar más delgado que los que tienen la misión de velar por la ética?

Cuando llegaron a la casa, Yorie se trasladó a una de las habitaciones altas. A los pocos minutos estaba de vuelta, sin el paquete.

Al enfrentarse con Drek, con los ojos le indicó que los tubos ya estaban en sitio seguro.

Por sugerencia del coronel, Samuel Karby iba a preparar una fiesta, para aquella misma noche, con el pretexto de celebrar el feliz regreso de Yorie.

—Ustedes son mis invitados —declaró Karby, dirigiéndose al senador, estando presentes el coronel y Drek.

—Se lo agradecemos —dijo el coronel—. Porque precisamos permanecer aquí un par de días.

Como a Drek no lo había mirado al hacer la invitación, Yorie temió que él no se diera por aludido, y quiso concretar, aunque de una forma bastante impertinente.

—Ya ve, Drek, el que un día lo rechazó como empleado, ahora lo acoge como invitado de honor.

El padre ahogó un grito. La misma Yorie quedó atónita por haberse expresado de esa manera, y enrojeció, echándose a reír.

—¡Era broma, papá!

Drek no pareció darse cuenta de lo que se hablaba.

—Señor Karby, ¿me dejaría usted un coche? He de poner unos telegramas.

—Redáctelos y uno de nuestros criados los llevará al puesto de telégrafos —contestó Karby.

—De acuerdo. Pero antes debo informarle de lo que me propongo con esos telegramas.

Sacó de un bolsillo un papel, en el que iban varios nombres, con sus direcciones.

Una vez Samuel Karby los hubo leído, Drek preguntó:

—¿Le suena algún nombre?

—Casi todos. Esos ingenieros, ¿no trabajan para el Estado exclusivamente?

—Algunos. Otros prefieren ir sueltos hasta que ciertas circunstancias cambien.

El coronel Henke aclaró:

—Se refiere a que ciertos peligros, como es el tener en departamentos de la mayor responsabilidad a hombres dudosos, desaparezcan. Y lo que el joven Carvel le pide es su consentimiento para que pueda citar aquí, en su casa, a esos técnicos. ¿Consiente?

Samuel Karby se hinchó, halagado. Había estado temiendo que se le tuviese por dudoso.

—¡Encantado, coronel! ¿Cómo no iba a aceptar la oportunidad de tener a esas eminencias en mi villa? —Y volviéndose rápido de cara a Drek—: ¿Y usted me los maneja? Si no recuerdo mal, algunos le doblan en edad.

—Y en conocimientos. Y en todo —respondió Drek, sin falsa modestia—. Pero para muchos de esos señores soy el discípulo mimado, y no vacilaron en confiarme ciertos secretos que ni siquiera a sí mismos eran capaces de decirse en voz alta. Gracias a esas confidencias he podido coordinar los experimentos de unos y otros, dando por resultado cierto «chisme»… —Se echó a reír—. Las maldiciones que usted ha podido dirigirme no son nada con las que algunos de mis profesores me habrán dedicado, tan pronto la Prensa dio el zambombazo de que yo estaba mezclado con la aparición del submarino fantasma. Habrán deducido por dónde apretaba el zapato…

Los ojos de Yorie resplandecían de entusiasmo. Y no pudo contenerse en decir:

—¿Ves, papá? ¡Arrolla hasta a sus propios profesores!

El senador Druce y el coronel conversaban aparte.

—Señor Karby, quizá fuera mejor aplazar esa fiesta para cuando los ingenieros estuvieran aquí —dijo el senador.

—Aunque se corre el riesgo de que algunos señores que interesa estén presentes, levanten el vuelo —manifestó el coronel—. Pero ya se encargará el inspector. Snead de montar una discreta vigilancia en el aeródromo.

—Ustedes disponen —concedió Karby.

Momentos después de redactar los telegramas, Drek anunció:

—Preciso salir… ¿Cuál es el camino más corto para llegar a la finca del señor Gelbert?

Yorie palideció. Era donde ella le había dicho que se alojaba el ingeniero Speller, el que promovió el despido de Drek.

—Uno de mis coches le llevará —ofreció Karby.

—¿Permites que vaya yo también, papá? Quiero disculparme con Dise y Freda. Sé que se enfadaron aquella noche porque sus prometidos me prestaron demasiada «atención» —dijo, riendo.

El coronel no dio tiempo a que Karby contestara a su hija.

—Señorita, en la villa del señor Gelbert es muy posible que se interprete su visita como una prueba de que se sospecha de ellos. El inspector Snead asegura que en la canoa quedaba por lo menos un superviviente. Hay que dejar que se confíen.

Samuel Karby giraba los ojos, mirando a su hija y a Drek.

—Pero ¿es que se sospecha de Gelbert? —prorrumpió, ya encolerizado—. ¡Gelbert es el que más se opone a la fusión con la «Felk»!

Yorie no pudo callar más:

—¿De veras, papá? ¡Pues tiene a Speller en su casa! ¡Al renegado Speller, el que, según tú, es hoy día el cerebro de la «Felk»!

Karby miró con estupor y escepticismo a su hija.

—No es posible. Gelbert no puede atreverse a tanta desfachatez. La noche de la reunión echaba pestes contra la «Felk» y Speller.

—Es cierto que ese ingeniero está en su villa —dijo el coronel—. Ya hace días que está allí. El inspector Snead lo averiguó anoche.

De pronto, Yorie lanzó una exclamación de sorpresa y de burla. Al quedar todos mirándola, señaló el balcón abierto.

—Mientras nosotros divagamos, ahí tienen…

—¿Qué? —preguntó su padre.

—¡Se ha ido!

Fue entonces cuando repararon en que Drek, que se había inclinado sobre una mesita, como para redactar otro telegrama, había desaparecido.

Pero sobre la mesita había quedado un papel, con una nota:

«No intervengan. Ésta es una cuestión personal».

CAPÍTULO VI

Desde uno de los balcones altos de la finca de Gelbert, unos prismáticos seguían la veloz marcha de la canoa. Parecía un potro dando saltos sobre las vallas de espuma.

El hombre que observaba con los prismáticos era un individuo de unos cuarenta años, de prominente mandíbula y nariz aguileña.

Otro hombre, unos años mayor, de cara ancha y facciones rudas, entró en la habitación, sin llamar.

El de los prismáticos dio una sacudida y se volvió, ya con una mano en dirección a la sobaquera. Fue un ademán instintivo.

—¡Quieto, Speller! —dijo ásperamente el que acababa de entrar.

Le arrebató los prismáticos y los encaró a la raya del mar, buscando el punto de la canoa.

—¡Eso era estúpido, Speller! ¡Sobraban ocasiones para aplastar a los dos!

Ahora fue Speller quien violentamente le quitó los prismáticos.

—¡No admito quejas, Gelbert!

Abajo, en el jardín, había gente que también solía frecuentar la villa de Karby.

Tanto se había adelantado el ingeniero a la baranda del balcón, que Gelbert, asustado, lo agarró de la chaqueta y tiró adentro.

—¡Lo van a ver!

Speller se quitó los prismáticos de la cara y se volvió con un gesto de ira y burla.

—¿Qué le pasa? Cualquiera pensaría que nunca se ha visto en una situación difícil.

En la juventud de Gelbert, durante la «prohibición», había muchas situaciones difíciles, que se resolvieron con las armas. Pero entonces estaba con la fiebre de amasar una fortuna. En la actualidad ya la tenía, aparte dos hijas casaderas, Dise y Freda…

—¡No bromee, Speller! ¡Tenemos al F.B.I. y al Servicio de

Inteligencia husmeando nuestros talones!

—Déjelos. Con algo tienen que justificar el sueldo.

Siguió mirando la canoa. Cada vez estaba más lejos.

—Pero ¿no comprende, Speller? Acaban de telefonearme con clave, anunciándome que tanto Carvel como la hija de Karby, han salido indemnes. ¡Y ahora el que conduce la canoa, si se aturde, y viene a mi embarcadero…!

Speller, sonriendo, se volvió de cara a Gelbert.

—Quien conduce la canoa ignora que estoy aquí. Lleva combustible para hacer muchas millas, y los que han tomado parte saben que no pueden acercarse a la costa hasta que oscurezca.

—¿Y qué? ¡Los estarán esperando!

Speller miró el reloj de pulsera.

—La canoa tiene el tiempo limitado. Anoche la dejé «arreglada».

La noche anterior, Speller salió de la finca, sin dar explicaciones a Gelbert. Al regreso, fue visto por el inspector Snead. Esto lo ignoraban los dos.

—¿Qué es lo que «arregló»? —preguntó Gelbert.

—Si la canoa hacía un trayecto de más de una hora, quería decir que algo no marchaba debidamente. Y había que remediarlo.

Volvió a mirar el reloj de pulsera. Sonriendo, dijo:

—¡Qué lástima que suceda cuando esté demasiado lejos! Desde aquí no se oirá.

Gelbert comprendió. La canoa iba a saltar hecha una bola de fuego.

—Y enseguida vendrá la noche. Para mañana no quedarán casi huellas.

—¡Pero el mar suele gastar malas bromas! —replicó Gelbert—. Puede que traiga las huellas a la misma playa.

—¿Y qué puede traer? ¿Los restos de los tripulantes? Nadie podrá probar que esos individuos estaban a nuestras órdenes. El peligro de los «eslabones» dejó de existir con Hawley.

Speller se retiró del balcón. Abajo, el rumor de conversaciones y de risas se hacía más fuerte, a medida que la luz del día iba extinguiéndose.

El ingeniero de la «Felk» encendió un cigarrillo, exasperado.

—¡Más podía quejarme yo, que me veo obligado a no salir de esta habitación! ¡Y ya me estoy cansando! ¡De un momento a otro

voy a aparecer!

—¿En mi casa? Karby no lo comprenderá. Yo le he estado combatiendo.

—¿Y qué importa? Usted puede decir que viendo la buena disposición de Karby por fusionar su Compañía con la «Felk», ha tratado de ganarme.

Gelbert se había sentado, pensativo.

—Sí, he pensado eso. Pero con lo de esta tarde, me da miedo.

El ingeniero lo miró con desprecio.

—La vida muelle hace cobardes. ¡Lo de esta tarde…! Si callaran ahí… —Miraba el reloj de pulsera, contando los segundos—. Venga aquí, Gelbert. Escuche…

Fue lejos, hondo, como un estallido de algodón, sordo y blando. En el jardín nadie se dio cuenta.

—¡Borrados! —comentó Speller.

Drek marchaba por los acantilados, ya oscurecido. Prefería aquel sitio para luego dar un rodeo y encaminarse a la villa de Gelbert.

Suponía al inspector Snead y a sus subordinados lejos de allí, preocupados por los tripulantes de la canoa. No había oído el estallido, porque se produjo cuando él todavía se encontraba en la villa de Karby.

Tampoco le hubiera afectado. Desde el momento en que el inspector no se lanzó detrás de los fugitivos, dejó de interesarse por ellos.

Entró en la finca de Gelbert sabiendo que todo podía esperarlo, menos que se le acogiera con agrado.

Iba prevenido. No por la pistola que llevaba en la parte de atrás, enfilada al pantalón, en sitio en el que tal vez, si era sorprendido, no lo cachearan.

Marchaba deprisa, pero tomando direcciones absurdas, pisando siempre con sigilo.

Veía la casa fulgiendo de luces, en los balconajes de la primera planta. Era la hora de la cena.

Drek pensaba aprovechar ese momento en que invitados y servidumbre permanecían atentos a la mesa, para introducirse en la casa.

Pero se encontró con una sorpresa. Un coche acababa de detenerse frente a la escalinata, y Gelbert, sus dos hijas y varios

invitados asomaron a la terraza, esperando que bajara del coche… el ingeniero Speller.

Drek se encontraba entre los macizos, muy cerca de la escalinata. Y sonrió.

Era algo de lo que él había imaginado que ocurriría, que Speller se dejaría ver, tan pronto se corriese la noticia de que Samuel Karby iba a dar una fiesta. Pero no imaginó que decidiese presentarse, sin saber todavía qué actitud iba a adoptar Karby después del atentado a su hija.

Esperó a que los que estaban en la terraza y el que bajó del coche se saludaran y desaparecieran en el edificio.

Cuando no quedó nadie más que el chófer, se acercó. Ya el coche iba a arrancar, hacia la cochera.

Drek se colocó delante. La carrocería del automóvil fulgía. A la vista del chófer, pasó una mano por la carrocería, limpia de polvo. Luego tocó las ruedas.

El chófer lo creyó un invitado, y esperó a que terminara. Drek hizo un movimiento con la mano, a modo de saludo y emprendió la escalera.

Speller y Gelbert se encontraban de espaldas al vestíbulo, cuando Drek apareció. Algunos de los invitados estuvieron aquella tarde en la villa de Karby, cuando llegó Drek con el senador y el coronel.

Fueron los que dieron la voz de alarma. Speller y Gelbert se volvieron.

Otra vez, como antes en la habitación, Speller hizo ademán de buscar la sobaquera, lo que sorprendió a muchos. Gelbert le dirigió una mirada, recriminándolo, y abriendo una ancha sonrisa, dio unos pasos hacia Drek.

—Caballero, perdone si no lo recuerdo. ¿A qué se debe el honor de su visita?

—Soy un viejo conocido del señor Speller. Apenas he tenido noticia de su llegada, me he decidido a venir. ¿Me perdona esta libertad? Soy invitado del señor Karby. A propósito… El señor Karby me ha encargado que le notifique que mañana da una fiesta, a la que están ustedes invitados. Y también todos los presentes. Incluso usted, Speller.

Éste ya se había repuesto de la sorpresa, y mirando a Drek

sardónico, dijo:

—Parece que por fin ha acertado el camino para hacer «carrera». A mí no se me ocurrió ese sistema, estando al servicio del señor Karby.

Drek no perdió la expresión risueña.

—¿Qué sistema, Speller?

—Usted ya me ha entendido. Cuando la Prensa habló de la hija del señor Karby, me dije: «Algún vivo busca el chantaje». Y cuando me enteré que usted estaba por medio…

Se contuvo, al tener a Drek a un paso.

—Siga.

—… Entonces comprendí que iba usted a sacarse la espina, de cuando lo despidió el señor Karby.

—¿El señor Karby o usted?

—Yo, por orden del señor Karby.

—No. Yo era todavía un aprendiz de ingeniero para que repararan en mí. Y ése era el miedo que usted tenía. Que llegaran a fijarse, como se han fijado más tarde hombres capaces. ¿Sabe, Speller? De un momento a otro van a llegar verdaderos sabios, demasiado tímidos para desenvolverse entre piratas y granujas. El señor Karby piensa fusionar su Compañía con la «Felk». Si puedo, lo impediré.

Era lo peor que Gelbert y Speller podían oír en aquel momento. Los dos al mismo tiempo hicieron acción de agarrar a Drek. Éste se hizo un paso atrás, mientras con el gesto les advertía que llevaran cuidado con tocarlo.

—¡Usted! —exclamó Gelbert, soltando una risotada—. ¿Qué medios va a emplear para impedir esa fusión? ¿Dispone, acaso, del mayor número de acciones?

Speller miró a Gelbert, con ironía, y dijo:

—Puede que sí. Ya hemos convenido en que este individuo no ha perdido el tiempo. La hija de Karby bien vale…

La frase no llegó a terminarla. El puño derecho de Drek subió al mentón de Speller. Al inclinarse hacia adelante, para guardar el equilibrio, subió el otro puño, y Speller dio un salto, con los brazos desplegados, yendo a caer tres pasos más allá, de espaldas.

—Cuando despierte díganle que, tanto por mí como por la señorita Karby, puede asistir a la fiesta —dijo Drek, con toda

tranquilidad, dispuesto a retirarse, como si se encontrara entre amigos.

Y afuera podía estar aguardándole toda una cadena de acechanzas.

Ignoraba lo que a sus espaldas ocurría. En la cara de Gelbert y en la de algunos invitados, leyó Drek que algo sucedía.

Se volvió y se encontró con el inspector Snead, que lo miraba entre asombrado y divertido.

—Buenas noches —saludó el policía—. Estamos en diligencias de rutina. —Y dirigiéndose a Drek—: ¿Sabe qué ha sido de la canoa que agredió a ustedes?

—No me he ocupado de ella.

—Ni parece importarle mucho. Ni siquiera su seguridad. ¿Qué diablos hace aquí?

—Ya lo ve: transmitiendo un recado del señor Karby. Speller se incorporó, con una mano en la boca, la otra en la abertura de la chaqueta, atento a lo que el inspector pudiera hacer contra él.

—Regrese a la villa del señor Karby. Estamos dando batidas por los acantilados, aunque tenemos pocas esperanzas de encontrar a ningún cómplice de los que iban en la canoa. Tenemos noticias de que ha estallado.

Hizo una pausa, y las arrugas empezaron a desaparecer, mientras su cara se hinchaba.

—¡Es el sistema que emplea esa gente! Se sirven del jamelgo y luego lo matan —continuó el inspector, sin dirigirse a nadie en concreto—. Pero parece que los que ejercen esa táctica son estúpidos sin remedió. No se dan cuenta de que al final ellos también son considerados como jamelgos inútiles. Por lo que a este asunto se refiere, tengo la impresión de que pronto van a caer peces gordos, que hasta ahora se han considerado a salvo. Son demasiados los pasos que han dado para que no dejen huellas comprometedoras.

Hizo una rápida transición, sonriendo y adoptando una actitud encogida:

—Bien, señor Gelbert, espero disculpe mi intromisión. Sigan su fiesta. ¿Viene conmigo, Carvel?

—¿Por qué no? Ya nada tengo que hacer aquí —contestó Drek —. ¿Conocía usted al señor Speller? Acaba de llegar.

—¿Quién? —Y los ojos del inspector recorrieron varios rostros, hasta detenerse en Speller—. ¿Usted?

—Yo, sí.

El inspector se volvió a mirar a Gelbert.

—¿Ese señor ha llegado ahora?

—Hace apenas unos diez minutos.

—¡Qué extraño! Juraría que anoche me crucé con él en los acantilados.

Speller se frotaba las mandíbulas. Así pudo disimular la sorpresa que le produjo.

—¿De noche reconoce usted a gente que nunca ha visto?

Snead se echó a reír.

—¡Oh, sí! Tengo un olfato especial. En cuanto a que yo no lo haya visto a usted nunca… ¡Vamos, señor Speller! No es usted tan insignificante para que el Departamento no se haya ocupado nunca de usted. Trabaja usted en una empresa que afecta a la seguridad del país.

Pero lo que a Speller obsesionaba en aquellos momentos era saber si lo dicho por el inspector era una finta.

—No creo en esa cualidad suya, para distinguir de noche.

El inspector volvió a reír.

—Y hace bien: mi olfato no entró en juego. Sencillamente, distinguí los faros de un coche en camino poco frecuentado y uno de mis subordinados tuvo la ocurrencia de echar… un «arbolito»…

Speller había palidecido y a punto estuvo de soltar un grito. Se mordió los labios. Recordaba el momento en que dio el frenazo, y luego bajó, maldiciendo, para apartar unas ramas de pino, que formaban un gran bulto.

Estuvo apenas unos segundos delante de los faros. Eso bastó al inspector.

—Pues, sí, tiene usted razón. Vine anoche. Pero rogué al señor Gelbert que silenciara mi llegada para permitirme un descanso…

—Es bien natural. Bien, señores, repito mis disculpas… —Y cogiendo de un brazo a Drek—: No se me escabulla, Carvel. Se está usted convirtiendo en mi pesadilla.

Salieron de la casa. En la terraza aguardaban dos agentes. En unos segundos, los cuatro desaparecieron, sin que los servidores de Gelbert pudieran apreciar en qué dirección se iban.

CAPÍTULO VII

Hasta que Drek regresó a la villa de Karby, hubo tiempo de sobra para que Yorie diera a su progenitor pruebas evidentes de que en su vida se había producido un cambio.

Tan profundo que Samuel Karby llegó momento en que tuvo la impresión de que se encontraba ante una hija nueva. Y se alegró de que eso hubiese ocurrido.

No importaba que en unos momentos Yorie se mostrase abatida o con una fiereza de mil diablos. La nota siempre era la misma: que le preocupaba la tardanza de Drek.

Karby se guardó mucho de aludir esos cambios de humor.

—¿Quieren decirme qué cuenta personal podía tener Drek para irse solo en momentos como éstos? —preguntaba, encarándose con el senador, el coronel y su progenitor.

Nadie le contestaba satisfactoriamente. Esto la desesperaba más. En realidad, los otros también estaban preocupados.

Cuando llegó Drek, la muchacha se separó del grupo, retrocediendo al lugar de la sala donde había menos luz. Y desde allí estuvo observándole.

Con Drek llegó el inspector Snead. Éste refirió lo que había ocurrido. Y Yorie, que tenía el propósito de mantenerse al margen, exclamó:

—¡Para dar un puñetazo todo esto!…

El inspector miró al lugar donde había sonado la voz de Yorie.

—Fueron dos puñetazos.

Drek fue hacia ella.

—Tengo una cuestión personal con Speller, pero eso ha sido sólo un pretexto. Lo que yo pretendía lo he conseguido con creces: que Speller se enterara de que sabemos que está aquí. Y de que se le aguarda en esta casa.

—¡Eso no lo dirá en serio que desea que venga!

—¿Por qué no? Muchos de los técnicos que esperamos querrán conocer personalmente al que tantas dificultades ha puesto siempre a iniciativas que luego Speller ha aprovechado, disfrazándolas.

—¡Si él sabe que esos hombres han de venir, no aparecerá!

—Si Speller es lo que yo me figuro, no tendrá más remedio que «obedecer».

—¿A quién?

—A quien lo dirige desde la sombra. En todo el día de mañana pueden presentarse los principales técnicos. Es cuestión de esperar unas horas.

Aquella noche las luces se apagaron más temprano que de costumbre.

Al día siguiente, desde buena mañana, se advirtió que en la villa se iba a dar una gran fiesta.

Durante todo el día estuvieron yendo y viniendo coches desde el aeródromo. Llegaban personajes de la política, de los negocios y de la ciencia. Éstos eran los menos llamativos, como no fuera por el desaliño con que muchos de ellos se presentaron. Daban el efecto de haber recibido la llamada en pleno trabajo y que se habían limitado a descolgar la chaqueta, llenar la cartera de papeles y dejarse llevar al próximo aeródromo.

Poco más o menos había sido así. Cada técnico era acompañado por un par de agentes. Y los policías se habían encargado de todo, hasta llegar a la villa de Karby.

Aparecían sin saber quién los llamaba. Los agentes se encerraban diciendo que era secreto de Estado.

En la biblioteca eran recibidos por el coronel Henke y el senador Druce. Les informaban de que por la noche se celebraría una conferencia, de gran interés para el país, y se les acompañaba a sus habitaciones, situadas todas en el piso más alto.

Muchos de los científicos era entonces cuando se veían por primera vez, lo que iba a resultar de gran provecho el haber entablado relación directa.

Hasta poco antes de la cena, Drek no se presentó. Entró de golpe cuando se hallaban enzarzados en una discusión científica. Se efectuaba en una sala donde había pizarras, mesas, papeles, tinteros…

La habitación estaba llena de humo. Algunos se encontraban

sentados, con la pipa o el cigarrillo en los labios, mirando a los que dé pie, frente a la pizarra, discutían, señalando las fórmulas trazadas con tiza.

Drek apareció sin decir nada y fue acercándose a los que estaban de pie. Entró asustado, porque admiraba a todos aquellos hombres y temía que no le perdonasen el haber hecho uso de determinadas confidencias científicas, que había procurado armonizar, construyendo el emisor de radio magnético.

Yorie había quedado en la puerta, tan afectada como Drek. Esperó unos minutos.

Asomó la cabeza. La llama de oro de su cabellera hizo volver la cara a muchos de los reunidos. Yorie entonces dio unos pasos al interior de la habitación, y se quedó mirándolos.

Todos callaron, absortos ante la bella aparición. Yorie fue avanzando, ahora mirando a Drek. Éste se encontraba con un trozo de tiza en la mano derecha, apoyada sobre la pizarra.

—Soy la hija de Samuel Karby.

Todos inclinaron la cabeza, saludando.

—Soy testigo de que su discípulo Drek Carvel no quería fastidiarlos, sino unirlos…

Los sabios miraron a Drek. Enseguida a Yorie.

—¿Fastidiarnos, Drek? —preguntó un viejo, de erizada cabellera —. No entendemos qué quiere decir, señorita.

Drek dijo, riendo, mirando a Yorie:

—No leen los periódicos. Creen que estoy aquí porque también me han invitado. Entéreles usted, Yorie.

La muchacha se dirigió a una estantería que hacía de librería, la obligó a desprenderse de un lado, girando sobre unos goznes y apareció un armario.

Sacó montones de periódicos. Luego, los dos tubos.

—Lo que dicen estos periódicos todo son fantasías. Yo les puedo decir la verdad. Acompañé a Drek.

Media hora más tarde, Yorie concluía:

—Todos los fallos y ventajas de la «rémora» los tienen escritos en el informe que Drek depositó en el comandante del crucero «Blue Star». Así me ha dicho que lo diga…

La única que sabía que Drek se había marchado al empezar el relato, era ella…

Hasta el último momento Speller estuvo dudando en ir a la fiesta de Karby.

Gelbert insistía en que fuera.

—La fusión con la «Felk» importa mucho. Y si dejamos a Carvel que convenza a los demás accionistas.

—¡A mí qué me importa! ¡Se trata de mí ahora! ¿Me entiende, Gelbert? ¡Es mi cabeza la que está en juego! Usted hasta ahora no ha sabido más que recoger dinero, por unos miserables microfilms que ni siquiera ha tomado usted por sus propios medios. Siempre se vale de pobres diablos. Pero ahora se encuentra con quien le puede plantar cara. ¿Me entiende? Sin mí, usted no es nadie.

—¿Por qué?

—Soy yo el «eslabón» que conecta con la «Caja».

Gelbert sonrió. Y sacando un lápiz, trazó el número de un teléfono en Washington.

—El número de la «Caja»… en los días pares. ¿Quiere que le escriba el que corresponde a los días impares?

Speller estaba lívido. Lo primero que se le ocurrió era que la organización lo había apartado, por considerarlo un «eslabón» a punto de romperse.

Y avanzó las manos buscando el cuello de Gelbert.

—¡Traidor!

Gelbert dio un salto atrás, al tiempo que aparecía una pistola en su mano derecha.

—Ahora soy yo quien le dice que no pierda la cabeza. El número de la «Caja» lo sé desde esta mañana. Alguien vino a dármelo.

—¿Quién?

—No lo conozco. Parecía un veraneante. Llevaba gafas de sol. Terminó enseguida. Me dio una orden para usted. Y esto. Que lo haga trabajar al máximo.

Era un encendedor, con una cámara fotográfica.

—¡Pero eso es imposible! ¡Todos los ojos estarán fijos en mí! ¿No comprende?

Gelbert dejó el encendedor sobre una mesita y se encogió de hombros.

—Yo digo lo que me han dicho. Es lo que usted ha estado haciendo hasta ahora: transmitir órdenes.

Gelbert le volvió la espalda y se quedó mirando al jardín, a

través del balcón.

—Decida pronto. Mis hijas ya hace rato que están en la villa de Karby. Pronto oscurecerá.

Siguió un silencio. Gelbert se volvió.

—¿Qué?

—Vamos.

El encendedor ya había desaparecido de la mesa.

Gelbert se marchó primero, convencido de que Speller le seguiría en otro coche.

Pero Speller, cuando por fin se decidió a salir, a medida que se acercaba a la finca de Karby iba sintiéndose más nervioso. Y detuvo el coche para serenarse.

La avenida, bordeada de pinos, era muy ancha. Un coche pequeño, descapotable, apareció en la avenida. Al volante iba una mujer joven, de brillante cabellera negra. A su lado, un hombre con gafas de sol.

Cuando Speller lo vio, sintió que el corazón se le paraba. Al pasar junto al coche de Speller, lo miraron. Speller había apoyado el codo del brazo derecho sobre el volante, y con la mano se acariciaba el extremo de la estilográfica que asomaba por el bolsillo superior de la chaqueta.

El coche se detuvo y el hombre de las gafas se apeo. Retrocedió, de cara a Speller.

—Pensamos que le sucedía algo —dijo el de las gafas.

—He sufrido un vahído. Ya pasó. Gracias. ¿Ustedes van a la villa del señor Karby?

—¡Oh, no! No tenemos el honor de ser sus amigos. ¿Usted va allí?

—Sí.

—Le envidiamos. ¿Me da fuego?

Speller sacó el encendedor. El hombre lo miró y después de encender se lo devolvió.

—Es muy bonito. Lleve cuidado con él.

—Suelo llevar «cuidado» con todo lo que me interesa. No se preocupe, que no le perderé.

—Se lo podían quitar. En las reuniones, del gran mundo es donde suelen ocurrir «extravíos» incomprensibles. Gracias, señor.

El coche descapotable arrancó. Speller volvió a apoyar el codo

derecho en el volante y con la mano se acarició el extremo de la estilográfica.

Mirando el coche que se alejaba, sus ojos se endurecieron. Y una sonrisa siniestra fue asomando.

Sacó la estilográfica y escribió en un bloc unas líneas.

En la villa, la aparición de Speller fue acogida con gran expectación por parte de los invitados. Se comentaba el incidente de la noche anterior, las alusiones mordaces de Speller hacia la relación de Drek y Yorie.

También había salido a relucir la deserción de Speller cuando dejando la Compañía que presidía Samuel Karby se pasó a la «Felk Motoring».

Todo esto prometía escenas interesantes. Pero cuando Samuel Karby salió a recibirlo, los invitados tuvieron la primera decepción. El saludo de Karby no pudo ser más cordial.

—¡Me alegro de tenerlo entre nosotros, Speller! ¡De veras! ¿Qué me cuenta?

Después de unos momentos de conversación, Speller fue conducido a la biblioteca. Allí estaban los accionistas, el coronel Henke, el senador, algunos técnicos y Drek.

Speller fue mirándolos, de uno en uno. Cuando llegó a la cara de Gelbert, lo vio amarillo. Se situó frente a él.

Se hallaban sentados en torno a una larga mesa, llena de papeles. El senador y el coronel tenían delante unas carpetas.

Cuando Karby hubo presentado a Speller como ingeniero de la «Felk», el coronel Henke dijo:

—Bien, ya que está usted, pasaremos enseguida a ocupamos de informes que afectan a su Compañía. También de su empresa han escapado informes secretos, como ha ocurrido con la Compañía de estos señores. Pero con la «Felk» ocurre algo muy curioso. Proyectos apenas esbozados por Compañías como la del señor Karby, sobre todo los referentes a aviones de alto rendimiento aerodinámico a altas velocidades supersónicas, aparecen registrados en los archivos de la «Felk»…

Speller lo miró, desafiante, y dijo:

—Eso demuestra que en la «Felk» disponemos de buenos ojos y oídos.

—Desde luego. Pero esa sagacidad que tienen para vigilar a los

competidores, no cuadra bien con el grave descuido que demuestran al dejar que sus archivos sean vistos por «ojos extraños».

Speller sonrió.

—No comprendo.

—Yo sé lo explicaré. Hace unas cuantas noches, un avión en pruebas estalló. Estaba construido por una Compañía competidora de la «Felk». Días antes de las pruebas, ustedes ya tenían registrados los fallos que ese avión tiene. Un detallado informe figura en sus archivos. El mismo informe que fue a parar a uno de nuestros agentes de contraespionaje. Pero hay más. Ningún ingeniero o proyectista mueve el lápiz sin que al momento aparezca una cámara de microfilm…

—¡Yo nada sé! ¡Y me niego a seguir en esta reunión! ¡Creí que venía a una fiesta! —estalló Speller.

—Viene a una «fiesta» —dijo Drek—. Ya lo verá.

Se hallaba a la derecha de Speller, solo, dispuesto a cortarle la salida, en el caso de que Speller quisiera escapar.

Los ojos de Speller se clavaron ahora en el rostro de Gelbert. Éste seguía amarillo y sudaba.

—Esto demuestra que hay…

Pero el coronel no pudo seguir.

Gelbert, viendo a Speller con un cigarrillo en la boca y en el encendedor en las manos, gritó:

—¡Ahí lo tienen! Es él quien a fuerza de amenazas… ¡Miren el encendedor! ¡Hace un rato me confesó que llevaba «tomados» varios proyectos de algunos científicos que se encuentran en esta casa!

Speller comprendió que esta vez le habían puesto una carga a él, como él hizo con la canoa. Y dejó caer el encendedor, para echar mano de la pistola.

Nadie se movió. Todos los reunidos permanecían con las manos sobre la mesa.

Speller miró a su derecha, pero Drek había desaparecido. Lo tenía a sus espaldas, en la puerta de la biblioteca esperando que Speller se volviera para conminarle a que soltara el arma.

—¡Gelbert! ¡Sígame! —dijo Speller.

De pronto giró, creyendo sorprender a Drek. Casi lo consiguió, pues Drek permanecía más atento a la reacción de Gelbert que a la

actuación de Speller.

Tuvo el tiempo justo para saltar de costado y acuclillarse. Dos proyectiles se clavaron en la puerta de la biblioteca. Drek ya había sacado la pistola y disparó, agachado.

Speller giró, como si pretendiera barrenar con los pies el brillante suelo. Aparte el disparo de Drek, que lo había alcanzado en el hombro derecho, Gelbert le disparaba a la espalda, desde el otro extremo de la mesa.

En el momento en que Speller caía, Gelbert, instintivamente, se agachó como para atrincherarse, sin saber si Drek actuaría contra él.

Un disparo de Drek casi arañó la mesa, hacia el brazo derecho de Gelbert. Éste lanzó un alarido, soltó el arma, y se puso de pie.

Cuando se hizo el silencio, Drek preguntó:

—¿Por qué hizo eso, señor Gelbert? Usted estaba «libre» de culpa. Y Speller nos interesaba vivo.

—Perdonen. Temí por todos ustedes.

El inspector Snead y dos de sus agentes hacían servicio fuera de la finca. Al momento, llegaron.

Fue Drek quien le dio el bloc y la estilográfica que Speller llevaba en la chaqueta. En las líneas escritas se indicaba que hallarían el «eslabón» en la cámara de la estilográfica. En el microfilm apareció un hombre joven, con gafas de sol. Drek lo recordó como el espectador que interrogó en la escollera.

El inspector Snead y sus dos agentes montaron en el coche y salieron en persecución del coche descapotable que habían visto aquella tarde.

Los localizaron aquella noche, en un lujoso hotel. El hombre ya no llevaba las gafas de sol, sino unos lentes de miope y bigote. La mujer ya no lucía lustrosa cabellera negra, sino rubia.

Se dieron cuenta de que iban por ellos, estando en el comedor, y de pronto se levantaron, él y ella con una pistola en la mano derecha.

El lujoso comedor quedó en unos segundos lleno de estruendo, por los choques que producían los comensales al dar con los muebles. La pareja quedó como en un abrazo último, bajo la mesa, las caras juntas.

Llevaban documentación como ciudadanos norteamericanos,

pero se comprobó que era falsa. Los dos eran extranjeros. Su verdadera nacionalidad se silenció.

El momento aconsejaba no «enrarecer la atmósfera». Los Estados Unidos se encontraban en un intento de concordia internacional.

Al caer Speller y marcharse el inspector Snead tras del «eslabón», Gelbert se puso a representar el papel de víctima.

—Ustedes conocen mi pasado. Y eso es lo que Speller quería explotar. Me obligaba. Yo temía por mis hijas.

Pero el microfilm que contenía la estilográfica mostró un Gelbert distinto. Aparecía con una pistola en la mano, apuntándole al que le fotografiaba, en este caso Speller. Y la expresión de su cara tenía poco de hombre acobardado. Fue cuando le conminó a que asistiera a la villa.

Gelbert se derrumbó y delató a muchos cómplices metidos en varias empresas dedicadas a la fabricación de armamento.

Los disparos en la biblioteca se oyeron en el jardín, y en el piso superior de la casa. Drek no quiso que ciertas cabezas se pusieran en riesgo, y por eso los dejó enfrascados en complicadas cuestiones científicas en el piso alto.

Tampoco quiso que se arriesgara cierto rostro bellísimo. Y allí estaba Yorie.

Cuando Drek subió, la reunión de científicos estaba en su apogeo. Y Yorie, sentada en un ángulo de la habitación, permanecía ensimismada, haciendo esfuerzos por no levantarse y correr a la planta baja para colocarse al lado de Drek.

Al verlo, la muchacha resplandeció. Pero se estuvo quieta en el sillón.

A su lado había otro asiento. Los ingenieros y proyectistas que habían estado en la reunión de la biblioteca se encontraban ahora con los demás científicos.

La estancia apestaba a tabaco. Drek fue a sentarse al lado de Yorie. Nadie se dio cuenta de que él había entrado.

—Los invitados se han ido. Aquí sólo quedan «sabios». Vas a odiar esta casa —comentó Drek.

—No entiendo nada, pero me son muy simpáticos —contestó Yorie, sosteniendo la mirada que él le dirigía.

Estuvieron unos momentos mirándose, los dos callados.

—El senador trae poderes del Gobierno para crear una junta de

científicos que se dediquen al nuevo plan de armamento. Una vez hecho un detallado estudio, se escogerán las fábricas adecuadas. Una será la de su padre. Volveré a entrar en ella, porque yo perteneceré a la junta.

Yorie, muy contenta, comentó:

—Es quien más se lo merece.

Drek sonrió y mirando al grupo de científicos:

—Lo que yo daría por ser uno de esos cerebros…

—¡Oh, no! —protestó Yorie, riendo—. Los admiro, me son simpáticos, pero no quiero que usted sea como ellos. Ni se han dado cuenta que abajo ha habido tiros.

Quería decir más: que no se habían dado cuenta que allí estaba una mujer como ella.

Drek se echó a reír. Luego, declaró:

—La «rémora» será uno de los proyectos que entrarán en estudio. Hay que corregir muchas pegas. No siempre podrá haber la oportunidad de acercarse a un submarino…

Iba a detallar algunas dificultades que tenía el emisor magnético, cuando dándose cuenta de la situación, cogió a Yorie de una mano y dijo:

—Vámonos.

Salieron sin que se dieran cuenta. En otra habitación, en un balcón mirando hacia la raya del mar, Drek dijo:

—Pese a mi obsesión por la ciencia… desde el primer momento me he dado cuenta de que tú existes.

Y la besó fuertemente en los labios. Ella se estrechó contra él, respondiendo a la caricia.

—Yorie —murmuró Drek—, me ofrecí a acompañarte a las cuevas.

La muchacha, tras unos instantes de duda, dijo:

—Sí, querido. Pero será… después que nos hayamos casado.

Él se inclinó a besarla de nuevo.

FIN

Keith Luger

¡NO QUIERO MORIR AHORA!



Aparecera la proxima semana
en esta colección

**Precio:
6 ptas.**

EDITORIAL BRUGUERA, S A



FAMOSOS



DIBUJO

¡Una profesión con sueldos fabulosos!

Conozca el auténtico valor de sus manos: ¡las Agencias de Publicidad pagan sueldos de hasta 10.000 pesetas a un buen dibujante! La demanda es enorme: anuncios en los periódicos, ilustración en revistas y novelas, portadas de libros, historietas, material para publicidad y artes gráficas: folletos, etiquetas, envases, displays... ¡Un inmenso campo de posibilidades que usted debe aprovechar!

Aprenda a dibujar siguiendo el Curso que mejor se adapte a sus propósitos: Dibujo y Pintura en general, Dibujo y Pintura Artísticos, Arte Comercial y Publicitario, Dibujo de Historietas. En todos ellos recibe valioso material para sus prácticas, completamente gratis.

OTROS CURSOS: DELINEANTE - INGLES - FRANCES CORTE Y CONFECCION

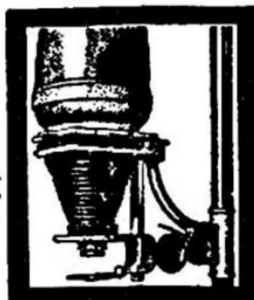
M. Nicolau, 9-11 BARCELONA 6 Hileras, 4 MADRID 13

CURSOS AFHA

FOTOGRAFIA

Una afición que rinde beneficios





Adquiera los conocimientos que necesita, tanto artísticos como técnicos, para ser un buen fotógrafo. Desde el manejo de la cámara hasta la selección tricromática para la fotografía en color. La toma de vistas, el encuadre, el retrato, la fotografía de niños, la fotografía de reportaje, comercial y publicitaria, ¡todos los secretos de laboratorio! Cientos de oportunidades para que usted pueda especializarse y ganar dinero.

Aprenda Fotografía con el Curso AFHA de Fotografía. Recibirá, gratis, un completo laboratorio y una ampliadora profesional para que pueda trabajar desde el primer momento.

¡GRATIS! Recorte y envíe este cupón HOY MISMO y recibirá amplia información.

Envíenme sin compromiso amplia información del Curso (escriba el que le interese) **AFHA**

Curso ______________________

Nombre ______________________

Domicilio ______________________

Población ______________________

M. Nicolau, 9-11 BARCELONA (6) – Hileras, 4 MADRID 13

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortes, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18, número 8-64 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336 LIMA.

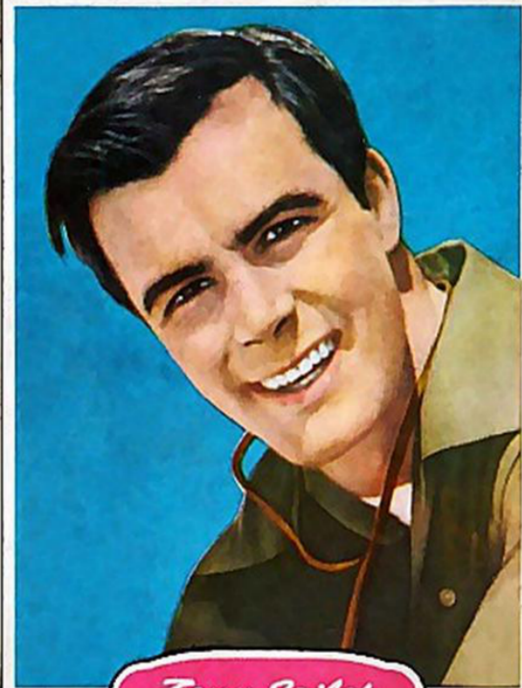
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 2.ª Avda. Sur, 520 Edificio Modelo. Apartamientos 204-205 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Tony Sailer



N.° 1391

Conocimos a este joven actor en el film alemán «Vacaciones de invierno». Ha sido varias veces campeón de esquí y patinaje en Alemania, su patria natal.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain